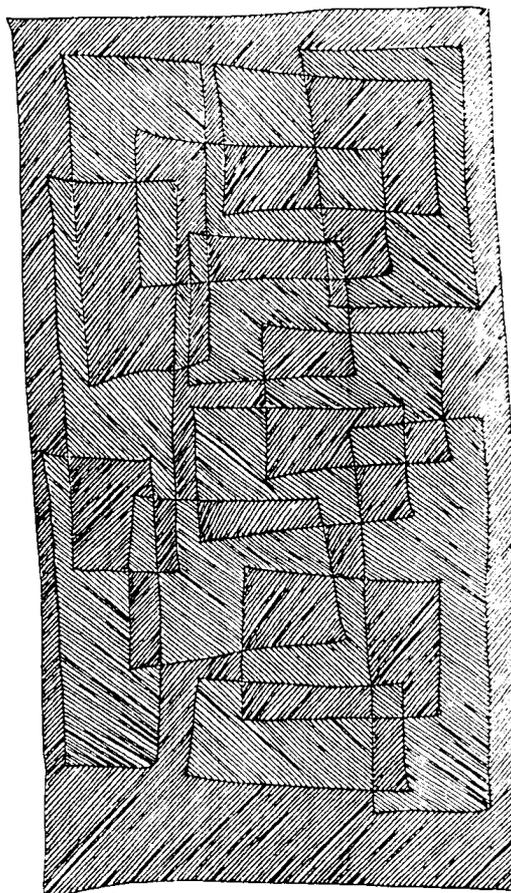

YERBABUENA

ALTAIR Tejeda de Tamez

Para Luis Martín



h. bouda

Estrenada en el Teatro Monterrey, en Monterrey N.L., el 14 de Julio de 1970. Con el siguiente reparto:

REPARTO:

(por aparición)

Guardia _____	Luis Barragán
Rosendo Vargas _____	Isaac Carreón
Cleto _____	Carlos López Vargas
Melitón _____	Clemente Monarrez
Secundino _____	Carlos Lozano
Andrés _____	Hugo Montemayor
Ezequiel Varela _____	Juan Díaz
Aristeo _____	Rubén González Garza
Rufina _____	Emma Myrthala
Mujer 1 ^a . _____	Conchita Hinojosa
Señora 1 ^a . _____	Elsa Rodríguez
Lucía _____	Laura Lucía
Avelino _____	Carlos Augusto
Madre de Lucía _____	Rosa Sylvia Martínez
Don Zenonito _____	Gustavo Somohano
Muchacha 1 ^a . _____	Lizzie
Niño Federico _____	Anselmo González Zambrano
Mujer Tullida _____	Elsa Rodríguez
Mujer 2 ^a . _____	Angela María
Mujer 3 ^a . _____	Graciela Rangel Frías
Jacinta _____	Rosa Sylvia Martínez
Tía Tocha _____	Graciela Rangel Frías
Espiridión _____	Luis Barragán
Doña Estefanita _____	Graciela Rangel Frías
Señora 2 ^a . _____	Lila de la Fuente
Muchacha 2 ^a . _____	Angela María
Mujer 4 ^a . _____	Elsa Rodríguez
Licenciado _____	Gustavo Somohano

También: Hombres y mujeres de pueblo, vecinos y pacientes

Puesta en escena:

LUIS MARTIN

Escenografía:

GERARDO MALDONADO

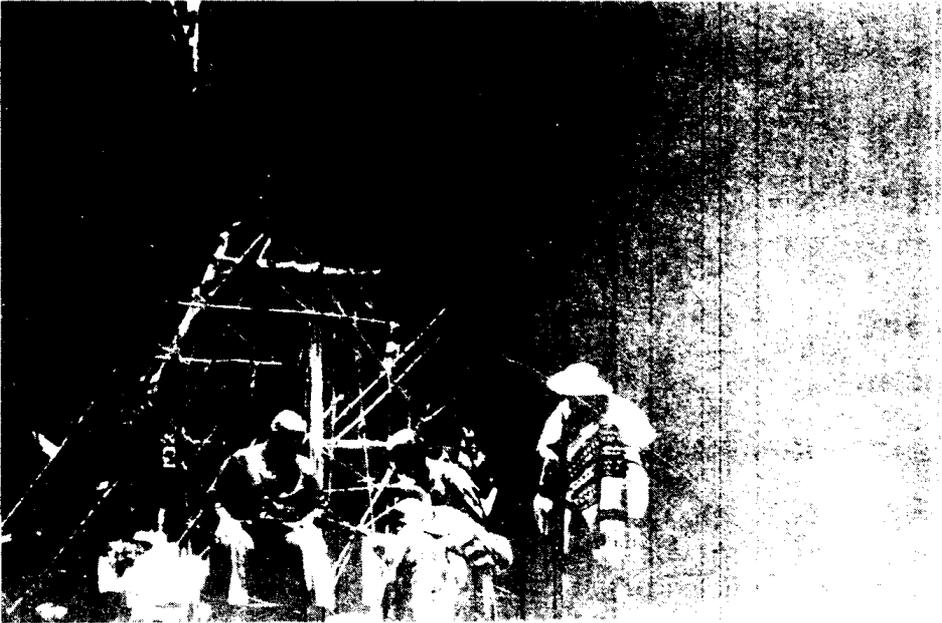
Realización escenografía:

JORGE GONZALEZ NERI

Asistente de Director:

JAIME MARTINEZ

CORRIDO DE LA YERBABUENA, INTERPRETADO POR LILA DE LA FUENTE.- LETRA DE ALTAIR TEJEDA DE TAMEZ, MUSICA DE EUGENIO RICHER.



117

Tragedia en dos Actos

PERSONAJES:

Aristeo
Rufina
Avelino
Lucía
Andrés
Melitón
Jacinta
Secundino
Cleto
Espiridión
Niño Federico

Además:

Guardia
Madre de Lucía y Avelino
Don Zenonito
Tía Tocha
Doña Estefanita
Licenciado
Tres mujeres
Dos señoras
Dos muchachas
Mujer tullida
Gente del Rancho

ESCENOGRAFIA:

Casas de Aristeo y de Avelino. Ambas son muy semejantes: el clásico jacal mexicano, muebles de palma, enramadas, bancas de madera. Adornos de altar: Palma bendita, listones de colores. Un paraje del monte donde cura el Niño Federico. Cárcel: Celda comunitaria con rejas al fondo.

Observaciones:

Por razón de respeto al lenguaje, éste está escrito tal como es, pero se cuidará de darle la pronunciación de la gente campesina y la entonación regional.

En el ejido "La Yerbabuena", Municipio de Villagrán, Tam., sucedieron el 31 de mayo de 1963 hechos muy semejantes a los que narra esta pieza.

"CORRIDO DE LA YERBABUENA"

Música: Eugenio G. Richer

Letra: Altaír Tejeda de Tamez

Ya no tiren policías
que a nadie le hacemos males
obedecemos a Dios
y somos hombres cabales
obedecemos a Dios
y somos hombres cabales.

Ingrata gente argüendera
¿Por qué será tan chismosa?
si no se hubieran rajado
la cosa sería otra cosa.
Si no se hubieran rajado
la cosa sería otra cosa.

Si no les gusta, ni modo,
no les pedimos permiso
quédense allá en sus parajes
sin meternos compromiso.

No se han de quejar los santos
les mandamos compañía
ahora sí hay quien resplandezca
por toda la ranchería

Allá por la Yerbabuena
en un lugar de la sierra
Nuevo León y Tamaulipas
se dan la mano por tierra.

¿Qué nos hacen los de abajo
teniendo palanca arriba?
Consuélate Yerbabuena
te ganaste la otra vida.

Y quiso la mala suerte
que hasta nosotros llegara
dejarnos desamparados
sin protección y sin nada.

Adiós, adiós compañeros,
ya quedaron enterados
de cómo tan sin motivo
resultamos castigados.

PROLOGO

Telón cerrado. Se escucha adentro una balacera.

Cono de luz lateral. En cuadro plástico, tres mujeres enlutadas y dos hombres, uno con un acordeón y otro con guitarra, cantan el Corrido de la Yerbabuena.

SE ABRE EL TELÓN

I

LA CARCEL.

Hombres sentados en el suelo. Algunos tapados con cobijas. Al frente: Andrés, Melitón, Secundino y Cleto. Los dos primeros son de edad madura. Los otros jóvenes. Fuman un cigarro, pasándolo de uno a otro. Melitón toca en una música de boca "Albur de Amor". Los demás escuchan en silencio. Se asoma un guardia:

GUARDIA: ¡Rosendo Vargas!

Uno de los hombres del fondo se levanta. Deja su cobija en el suelo y sigue al guardia. todos permanecen a la expectativa. Melitón deja de tocar unos segundos y escucha. De adentro se oyen gritos de dolor. Melitón emprende a tocar con más ganas sin que la música acalle los gemidos. Estos irán apagándose lentamente hasta

que la música sea lo único que se escucha.

CLETO: Ya párele, don Melitón, no la amuele.

MELITON: Que... ¿a poco le cisca eso de "que me maten al cabo y qué..."

SECUNDINO: Ojalá fuera como dice la canción: "Si me matan en tus brazos que maten al cabo y qué..."

CLETO: Mire... mire... si no dice así. Dice: "Si me matan a balazos" nada más que usted como se la pasa pensando en la Jacinta, hasta las palabras cambia. Y tiene razón. Está re-buenota.

Secundino va a pegarle a Cleto

ANDRES: Orale... estéense sosiegos.

CLETO: Pues éste... a ver... a poco si lo matan a uno no más porque sí a poco va a estar muy bueno.

SECUNDINO: ¿Usted cree que nos hagan algo, don Melitón?

MELITON: ¿Pues que... no oyó a Rosendo? ¿Se le hace poco?

SECUNDINO: Ah, bueno. Pero eso era porque iban a tomarle declaración. Yo digo de a veras.

MELITON: Pues... sabe.

CLETO: A mí se me hace que no nos ha de tener aquí no más de adorno. Ya saben cómo es

el gobierno. Si nos dejan salir así no más como así, luego dirán que ellos no sirven para nada y que lástima de la mantenido que nos han dado.

MELITON: Es cierto. Ya vamos a acabar aquí una semana.

ANDRES: Ya la ajustamos. Ayer.

SECUNDINO: Usted está muy achicopalado, don Andrés. No se apure tanto. Total, no está usted solo. Estamos juntos para resplandecer unos por otros.

ANDRES: Lo malo es que no se puede. A ver... ahorita... ¿quién le ayudó al pobre de Rosendo con su dolor?... ¿Quién?... Pues nadie. Uno aquí encerrado de nada sirve.

SECUNDINO: De todos modos, no haga que uno se ponga pesaroso... Mejor siga tocando, don Melitón. Echese esa de Las Gaviotas.

ANDRES: ¡Lo que es ser joven! Usted ni se apura por su señora y en cambio a mí, lo que me tumba es estar pensando en la pobre de mi vieja, tan recién parida. ¡Qué gente tan infame! yo no sé qué ganaban con arriar con las mujeres con todo y chamacos... quién sabe dónde los tengan soterrados. Y luego, con esa mugre de comida que nos traen, pues no más, no, no llena uno. El miedo que me entra es que a mi mujer se le vaya la leche por-

que entonces sí, la amolamos.

MELITON: Pues antes diga, compadre. Y que no lo oigan que se queja porque a lo mejor no vuelven las señoritas esas que se apiadaron de uno. Dónde cree que íbamos a aguantar con el agua chirle que nos dan los guardias y que dicen que es caldo.

SECUNDINO: Hay una muchacha gordita, ¡qué chula está! ayer que me dio la soda, le agarré la mano como quien no quiere la cosa.

CLETO: No le busque, Secundino. No vaya a ser que luego ya no vuelvan a traernos nada.

SECUNDINO: No, si no se dio cuenta. Y cuando ya se iba, adrede dejé caer los cerillos y ella se agachó a levantarlos... ¡Híjole!

CLETO: Mire... cómo no avisa.

MELITON: Déjense de cosas. Lo que habíamos de decirles con buen modo, es que a ver si en lugar de esas sodas prietas nos las traen de colores. Las prietas no sé qué tienen, como que ahilan el estómago.

ADNRES: A caballo dado, no se le ve colmillo... y a propósito... ¿Cómo estará mi alazán? Ni siquiera me acuerdo si lo apersoqué cuando nos traían para acá.

SECUNDINO: Usted no más pensando, no le digo... ¿pues cómo se iba a acordar, si cuando

nos trajeron veníamos pero si bien crudos?

MELITON: Mejor no le mueva, compadre. Se le va a secar la mollera pensando. No más figúrese... de seguro las chivas ya se metieron a los maizales... Ojalá haya llovido.

CLETO: Pero... ¿cómo pudo suceder esta desgracia?

ANDRES: Pues como suceden todas las cosas imprevistas, hijo, por culpa de otros. Siempre pagan los inocentes.

SECUNDINO: ¿Y de dónde saldrían esos malditos aleluyas? Ahí no más fueron llegando cuando menos debían y así como llegaron, se fumigaron quién sabe para dónde.

ANDRES: ¿Y ya para qué se quedaban? Ya hablan venido a hacer su gran chisme... pero la vieron fea... ¿a poco no?

MELITON: Pues se han de dar de santos. Ellos eran los que debían estar aquí pagándola. Desde antes andaban entrometiéndose con uno. Decían que es que el Señor para acá y que el Señor para allá. Que su religión era la de a deveras.

CLETO: Sí, es cierto. La primera vez que fueron, blasfemaron, bastante contra nuestra muy santa religión católica.

SECUNDINO: Y hablaron muy feo de la Santísima Virgen.

CLETO: Y les tenían muy mala fe a los iluminados. Dijeron que

hacían brujerías, no más figúrense.

ANDRES: Cosas de gente ignorante. Es que en sus creencias no entran los milagros. Aquí hablan de estar... El consuelo que me queda es que un día de estos, la han de pagar.

MELITON: Y también los malditos federales que mataron tanta gente inocente dizque en nombre de la ley.

SECUNDINO: Pues no nos hablamos de quejar. Nosotros también nos descontamos a muchos.

ANDRES: No es igual. Ellos se lo buscaron. En cambio, uno ¿qué les hacía? nosotros obedecemos órdenes. Ordenes celestiales. Que a ellos no les haya gustado, ya es otra cosa ¿uno qué culpa tiene?

CLETO: Tiene usted muchísima razón... ¿Y qué les daría por venir a ver esa vez qué pasaba?... Se acuerdan... ¿se acuerdan, hace tiempo cuando asaltaban unos embozados por allá por la barranca verde? ¡Ni por ahí te pudras asomaron las narices! y eso que nos cansamos de mandar propios a que los buscaran... Hasta yo fui. Y no más se carcajearon de la risa y me dijeron que no fuéramos collones, que los agarráramos aunque fuera a pedradas y nos quitáramos de estar jodiendo.

ANDRES: Así son. Buenos de

gallinas... y de metiches. ¿Qué tal cuando teníamos aquellas matitas de juanita escondidas entre las milpas?... ahí no más fueron llegando muy giros y muy facetos a imponer su autoridad y luego luego que prenden fuego ¡Y uno que habla hecho la siembra con tanto esmero!

MELITON: Pero usted no se fijó, compadre, usted no se fijó. Esa vez, echaron a la lumbre puro rastrojo. Las matitas se las guardaron para chupárselas ellos después.

SECUNDINO: Oigan... ¿y ustedes creen que de veras nos hagan algo? Con el clamoreo de los que llevan a declarar, yo me pongo chinito.

(Entra el guardia con Rosendo, que se derrumba en el suelo)

GUARDIA: ¡Ezequiel Varela!

(Se levanta otro hombre y va tras el guardia. Melitón va a empezar a tocar en la música).

ANDRES: Espérese, compadre. Le apuesto a que éste no grita. Yo lo conozco.

(Pausa)

CLETO: No se oye nada.

SECUNDINO: Espérese.

(Todos escuchan. Se oye sólo

un gemido. Melitón va a tocar).

ANDRES: Estése silencio.

(Pausa)

CLETO: No gritó.

ANDRES: Les dije. Es muy macho. Una vez lo arrastró una mula por todo el potrero y él, como si nada. Ese sí es hombre.

SECUNDINO: ¿Qué le harían?

MELITON: Sabrá Dios.

ANDRES: Yo no quiero pensar. Me acuerdo de mi compadre Catarino. *(A Melitón)* ¿Se acuerda, compadre?

MELITON: ¿Aquél que trajeron por lo de un finado que se llama Anselmo?

ANDRES: Ese. Estuvo tres meses soterrado aquí y lo descoyuntaron toditito. Y no más porque las balas que traía en las tripas el muertito eran iguales a las de su carabina. Pero eso, ¿qué? mi compadre habla ido a matar conejos porque la seca estaba canija. Fue después de las heladas... Y ni modo... lo sentenciaron.

SECUNDINO: ¿Y todavía está aquí?

ANDRES: No. Lo sentenciaron porque al fin confesó que él habla sido el que habla hecho el crimen. Luego lo echaron para afuera.

CLETO: ¿Y cómo le hizo para salir?

ANDRES: Es que vino uno del ejido de Las Tres Gracias y dijo que el matón era su hermano y no mi compadre.

SECUNDINO: ¿Y se rajó no más porqué sí? ¿Acusó a su propio hermano?

ANDRES: Bueno... es que el finadito tenía relaciones con una muchacha que andaba también con el matón.

CLETO: ¿Y eso qué tenía que ver?

ANDRES: Pues que ahora el que andaba sonsacando a la muchacha era el rajón, y el otro, pues les estorbaba. ¿Qué quieren? Así es la vida.

SECUNDINO: No... si es del carajo apasionarse uno. Las viejas son el diablo.

MELITON: Ya no les caliente la cabeza a estos muchachos, compadre, ¿qué no ven que están en una edad muy peligrosa?

CLETO: (A *Melitón*) Estése (A *Andrés*) Oiga, y entonces, ¿cómo fue que su compadre confesó, si era inocente?

ANDRES: Andele... Ahí estuvo lo duro. Es que lo metieron en el agua eléctrica. Y ése es el miedo que me entra. Que me hagan eso. Con la electricidad yo no quiero nada, pero nada. Quedé muy lastimado cuando me cayó cerca aquel rayo... ¿Se acuerda, compadre?

MELITON: Pues claro. Si hasta se le murió su burro, toditito

chamuscado.

ANDRES: Y a mí me tatemaron los pies(es) ¡Si no hubiera sido por Aristeo que me sacó de aquel trance!

MELITON: El fue el que comenzó a sacarlo, acuérdese. El que terminó el trabajo fue Avelino. Eso es lo peor. ¿Qué vamos a hacer sin Aristeo y sin Avelino?

SECUNDINO: A ése ni me lo miente. Siquiera que se lo echaron los federales, porque si no, me lo trueno yo solito un día de éstos. Yo mero.

CLETO: Ande, cómo será mal agradecido.

SECUNDINO: ¡Mal agradecido! A mí nunca me convinieron sus servicios.

ANDRES: Ay, Secundino, cómo se conoce que usted nunca estuvo en apuros. No comprende el poder de los ungidos.

SECUNDINO: Pues ya le digo. Yo no quedé muy a gusto con aquella manda que le impuso a mi mujer, de velarla ocho días antes de casarnos. No me convenció. Por algo no le duró mucho el poder. Ustedes vieron cómo se lo retiraron.

MELITON: No fue manda. Fue curación. Y usted no sea mal pensado. ¡Si esos hombres son santos! No tocan a las mujeres.

CLETO: ¿Y luego Aristeo?... Era

casado.

ANDRES: Ah... es muy distinto.

Aristeo recibió la iluminación ya estando casado, pero dicen que desde entonces, él y la Rufina vivían como hermanitos. (A Secundino) Y a Avelino no le retiraron el poder. Está muy equivocado.

SECUNDINO: Entonces... ¿qué fue lo que le pasó?

MELITON: Que un día que curó a una muchacha y luego salió para afuera, se lo llevaron las brujas para chupárselo.

ANDRES: Y entonces, él ya no quiso chupar.

SECUNDINO: Ahí está. ¡Rájón!

ANDRES: No, nombre, no confunda. La gente tarda en reponerse de una chupada de bruja. No es cualquier cosa. Pero ya se le estaba pasando. Ahora que nos sucedió la desgracia ya Avelino iba a abrir otra vez la consulta. A lo mejor si lo ha hecho, él nos salva de tanto mal.

CLETO: Pues sabe. Pero dicen que él fue el que les contó a los chismosos aleluyas cómo había estado todo y lo que le había pasado a Rufina. Pero no les dijo que eran órdenes de arriba que habíamos recibido.

MELITON: Claro. Ya difunto pueden colgarles esas imploraciones y otra peores. El inocente no puede defenderse...

¡Tan buena gente la Rufina, lo que sea de cada quien!

ANDRES: Con ellos nada nos faltaba.

SECUNDINO: Con ellos, sí, para que vea. Eran unos santos.

CLETO: Todo era paz y felicidad.

MELITON: No nos duró mucho el gusto.

SECUNDINO: Quién sabe cómo fueron llegando los males.

ANDRES: Pero Aristeo era como un padre ¿qué podía pasar que él no se condoliera? Ahí estaba siempre para resplandecer por nosotros. Como si lo estuviera viendo... Aristeo, padrecito, sanador de males, componedor de entuertos...

MELITON: El, el ungido, el poderoso, el emisario de Dios nuestro Señor para socorrer a los humildes.

CLETO: Sus bondades no tenían fin. En gloria esté su espíritu bendito.

SECUNDINO: Como si lo estuviera viendo...

(Ha ido cambiando la luz hacia el azul, hasta que se oscurece totalmente el escenario para dar lugar a la escena siguiente:

II

(Luz azul. Patio entre los jacales. Al fondo, una Cruz de Caravaca. Delante de ella, Aristeo en ac-

titud hierática. Rufina, respetuosamente a un lado. Van entrando las gentes con cirios encendidos, por uno y otro lado del patio y besan la mano a Aristeo. Se colocan al frente y da principio la ceremonia. Aristeo y Rufina, frente al público. Los fieles, de espaldas.

ARISTEO: "Bendigamos todos esta Cruz de Caravaca, contra truenos, tempestades y centellas, abogada. Así sea".

TODOS: "De esta Cruz soberana oigan, señores milagros y prodigios con mil primores. Pues son tan grandes que no hay pluma que pueda bien numerarles.

ARISTEO: De los cielos bajaron con alegría los ángeles en coro a conducirla y pues son tantos los milagros que obra que es un encanto.

TODOS: Hombres, mujeres y niños llevan consigo la Cruz que fue bajada del cielo empujando para consuelo libranos de las garras del dragón fiero.

RUFINA: Una mujer afligida se vea en el parto ponga sobre su vientre este retrato con facilidad

esta Cruz amorosa del parto la sacará.
PACIENTES: Todos los caminantes y marineros por la mar y caminos andan sin miedo como se valgan de llevar en el pecho la Cruz amada. Son grandes los misterios de esta reliquia así digamos todos que sea bendita para que tiemble el infierno y la gente que adentro tiene".

TODOS: "Bendigamos todos esta Cruz de Caravaca, contra rayos, tempestades y centellas, abogada".

ARISTEO: Así sea.

(Los pacientes o fieles desfilan ante ellos y vuelven a besar la mano de Aristeo).

OSCURO

III

(Consultorio de Aristeo. A la derecha, esperan los pacientes su turno. A la izquierda, habitación de consulta. Melitón, Andrés, Lucía, Avelino y la madre de ambos, esperan. También una mujer con un niño en brazos al que no deja de acunar y una señora que acompaña a una mu-

chacha a la que Avelino no le quita la vista).

MELITON: (A Andrés) ¿Le duelen mucho los pies(es) compadre?

ANDRES: Bastante. ¿No ve que estoy todo sollamado?

MELITON: Menos mal que nos animamos a venir. Así matamos dos pájaros de un tiro. Usted pide remedio para su mal y yo, consejo para que no se me pierdan mis animalitos. Desde que se me murió el chamaco no hay quien los cuide y andan los pobres a la buena de Dios. A uno no le alcanza el tiempo para todo.

MUJER: ¿Usted es el papá del niño que se hallaron muerto en el monte?

MELITON: Sí señora. Bendito sea Dios. Nunca supimos que fue lo que le pasó.

MUJER: Le picarla una víbora.

MELITON: Pues sería. Pero me hace mucha falta.

LUCIA: Estáte quieto, Velito. Estáte sosiego. Y usted, mamá, ya no chupe el rebozo. Ahorita verán cómo don Aristeo los va a componer. ¡Ay, Virgen Purísima! no te conformaste con mandarme una cruz y me mandaste dos!

MUJER: Son escaleras para llegar al cielo, dicen.

LUCIA: Pues si eso es cierto, yo lo voy a atravesar de lado a lado.

MUJER: (A la señora que está con la muchacha) Y ustedes, ¿cuál es su mal?

SEÑORA: Es mi hija la que padece. No somos de aquí, sino de allá del Carrizo. La pobre de mi hija no sé qué tiene. Ya nació su niño pero ella está como si nada, bien panzona... mire... (Les enseña el estómago de la muchacha).

MUJER: (Examina con curiosidad) Pero don Aristeo se la alivia. Es muy bueno, ya verá. Sabe hacer curaciones de todas. A mí ya me ha salvado la vida muchas veces, una de ellas, ya mero me moría. Me pusieron un mal en un plato de frijoles y me comenzaron a salir cabellos de la boca ¿no cree?... nada, una vieja que tenía mi señor y que me tenía celos. Pero sané luego luego con el remedio que me dio don Aristeo. Por eso ahora vengo a verlo para que me recete a mi chamaquito.

SEÑORA: Pues a nosotros nos habían recomendado al niño Federico. Dicen que es muy bueno y nos quedaba más cerca. Dicen que tiene un columpio milagroso hecho con cerdas de macho prieto. Allí mece a los enfermos en noches de luna llena y con eso sanan.

MUJER: ¿Y por qué no fueron allá?

SEÑORA: Es que apenas esta-

mos en el menguante, no quisimos esperarnos a que se vuelva a llenar. Falta mucho.

LUCIA: ¿Y por dónde dice que queda?

SEÑORA: Allá, por las Dos Carmelas, cerca del Carrizo, yendo para San Carlos.

(Sale Rufina acompañada de un viejecito y lo acompaña hasta el camino)

RUFINA: Vaya con Dios, don Zenonito. No se le olvide que el agua tiene que estar serenada en la sombra. Son siete noches la curación completa. No se moje con agua corriente y gracias por el pollito y por los blanquillos.

DON ZENONITO: Gracias a usted por sus bondades, Rufina. Ya le avisaré cómo sigo de mis males.

RUFINA: O mejor se da otra vuelta. Y ahí le encargo las chochas de palma si tiene una ida para el monte.

DON ZENONITO: Cuente con ellas. Adiós. *(Sale)*.

RUFINA: ¿Quién sigue?

MUJER: Pues yo creo que yo. Llegué primero.

RUFINA: *(Se queda viéndola)* Oiga, usted viene a cada rato.

MUJER: Pues nada más cuando se me ofrece.

RUFINA: *(Con disgusto)* Pase.

IV

(Entran ambas. Se oscurece la sala de espera. Se ilumina la habitación de Aristeo quien está sentado con los ojos cerrados. Junto a él hay dos sillas para los pacientes. Alguna mesita. Una canasta grande a un lado. Reatas y otros arreos campesinos. Rufina acompaña al enfermo en turno y sale al fondo. Cuando la consulta termina, ella entra muy oportunamente. Aristeo entreabre los ojos y ve a la mujer. No le impresiona. Los vuelve a cerrar.)

ARISTEO: Buenas y santas tardes, hermana. ¿Cuál es tu mal?

MUJER: ¿Ya no se acuerda de mí, padrecito? Me ha curado otras veces y vengo ahora a que me saque de otro apuro.

ARISTEO: A ver... ¿qué te acontece?

MUJER: Es mi niño, mírelo. Dicen que es ojo pasado. No más se le fue llenando su cabecita de granos. No tiene respiro ni de parte de noche. El ardor no lo deja.

ARISTEO: ¿Le has hecho alguna lucha?

MUJER: Pues fíjese que sí, al principio. Le puse emplastos de yerbabuena con azufre pero de nada le sirvió y como he visto ya que otros muchachillos están igual, mejor quise

venir a protegerme, no vaya a ser una andancia.

ARISTEO: A ver, acércame al chamaco. *(Casi no lo ve. Lo toca)* Ajá. Está es una erisipela maligna, hermana. Hay que atajarla antes de que se lo coma todo. Deténlo. *(Reza)* "En el nombre de Dios Padre, y del Hijo de Dios y de San Marcial, que ni por fuera ni por dentro le hagan ningún mal. Jesús nació. Jesús murió. Jesús resucitó. Como se curaron sus llagas así pueda ser curada esta erisipela en honor y gloria de la Santísima Trinidad" *(Receta)* Mira, lo vas a lavar en agua en que hayas hervido un poco de gobernadora todas las noches. *(Le da una cajita)* Luego le pones esta pomada. En cinco días será bueno.

MUJER: Gracias, padrecito, pero... para no desaprovechar el viaje, yo quisiera un remedio para mí también.

ARISTEO: ¿Qué te pasa a ti, mujer?

MUJER: Verá... se me ha ido la leche poco a poco y yo... yo siento aquí una como calentura muy rara... *(Se abre la blusa)*

ARISTEO: A ver... vamos a ver... *(Principia a acariciarle el seno)* Déjame darte unos pasesitos *(Reza)* Con las santas palabras que mi boca profiere, potencias celestiales, hagan la gra-

cia de curar este pecho...

MUJER: Los dos, padrecito...

ARISTEO: Los dos. Derecho e izquierdo. Izquierdo y derecho. Salga el mal a la mayor brevedad salga el mal. *(Entra Rufina y Aristeo cambia)* Todo está bien. Puedes dar gracias de que no hay tumor. Para que te vuelva la leche, vas a tomar un cocimiento de hojas de guayaba. Si sigues padeciendo vienes para darte otros pasesitos. Anda en paz.

MUJER: *(A la carrera se abrocha la blusa)* Gracias, gracias, padrecito. Dios lo bendiga. Ha de perdonar, pero aquí le traje este morralito de chile piquín.

RUFINA: *(Recoge el morral)* Parece que las cosas no andan muy bien por su paraje, hermana.

MUJER: Es que mi señor se fue a las pizcas al otro lado y ahí no más la vamos pasando. Con permiso. Buenas tardes.

(Rufina la acompaña a la puerta de salida y pregunta:

RUFINA: ¿Quién sigue?

(Se levantan la señora y la muchacha. Entran con Rufina a la habitación. Rufina sale).

V

SEÑORA: Buenas y santas tar-

des tenga su merced.

ARISTEO: Lo mismo digo, hermana, cuéntame tu pena.

SEÑORA: Es por mi hija por lo que estamos aquí.

(Aristeo abre los ojos inmediatamente y se queda viendo a la muchacha).

ARISTEO: ¿Está mala?... ¿Pues de qué está mala?... ¿Tiene marido?

SEÑORA: Sí señor y apenas acaba de salir de su cuidado pero mire... está como si nada.

ARISTEO: Acércate muchacha. *(Ella se acerca. El le acaricia el vientre, pone su oído en él)* Hum... aquí hay aire... mucho aire... o al menos que sea empacho de hombre. Dime, muchacha... ¿guardaste tu dieta?

MUCHACHA: Pues verá... mi señor es de muy fuerte naturaleza y... pero no muy seguido...

SEÑORA: ¿Así que no te respetó? ¿Por qué no me lo dijiste?

MUCHACHA: Es que me da bastante vergüenza, mamá.

ARISTEO: Bueno, no te apures, yo comprendo. Mira, voy a darte una oración para que tu marido se sosiegue mientras que tú te curas y un remedio para esa hinchazón. ¿Sabes escribir?

MUCHACHA: Sí señor.

ARISTEO: Bueno, anota: *(Le tiende una hoja de papel y lápiz)* "Señor en cuyo principio te

apiadas y perdonas al pecador, acoge mi plegaria y haz que cuantos estén atados por el lazo del pecado y la culpa sean desatados y absueltos..."

MUCHACHA: *(La pobre escribe y escribe)* No tan a la carrera.

ARISTEO: Está bien... *(Espera a que acabe)*... y absueltos... ¿ya acabaste? *(No le quita la vista de encima).*

MUCHACHA: Sí.

ARISTEO: Eso lo vas a decir cada que te acuerdes. Cuando tu señor se te acerque con malas intenciones, dices entre dientes: *(Le dicta despacio y acercándose)* Confundidos sean y avergonzados los que atentan contra mi pureza y mi alma.

MUCHACHA: Y con eso... ¿ya?

ARISTEO: Pues... en caso de que persistan las malas intenciones, le das a beber un vaso de agua de lluvia en la que hayas dejado serenar siete piedritas de las que les dicen chinitas, unas blancas.

MUCHACHA: ¿Y usted cree que con eso ya?... Usted no conoce a mi señor.

ARISTEO: Eso espero, muchacha, eso espero. Porque si no, tu hinchazón va a ser de otra clase.

MUJER: Pero hágale algo a ella, señor. Mire nada más que feo le quedó su cuerpo. Si es de a tiro tiernita, no tiene más que

dieciséis años.

ARISTEO: *(La ve detenidamente)*. Muy tiernita... A ver... acércate más... *(Suspira)* Mira, vas a hacerte todas las noches nueve cruces en el ombligo y lo llenas con saliva y sal. Saliva tuya, no de tu señor. Luego, dirás: "Mal de ventre ves ten daqui avit que deu to mana"... repítelo.

MUCHACHA: ¿Qué, qué?

ARISTEO: Son palabras mágicas, es mejor que las escribas *(Ella obedece)* "Mal de ventre ves ten daqui avit que deu to mana". *(La muchacha acaba de escribir)* Nueve cruces, ¿no se te olvida?... Nueve cruces.

MUCHACHA: ¿Y por cuánto tiempo tengo que hacer eso?

ARISTEO: Verás... hasta tu próxima luna.

SEÑORA: Gracias, señor. Vámonos hija. ¿Cuánto le debemos?

ARISTEO: Lo que sea su voluntad para satisfacer a los espíritus celestiales que nos protegen.

(Rufina entra rápidamente).

VI

RUFINA: Las ofrendas se dejan en este rincón.

(La señora deja unas monedas y sale acompañada de la mucha-

cha y Rufina, quien las encamina y se devuelve)

RUFINA: ¿De quién es el turno?

ANDRES: Nosotros, compadre *(Se levantan y entran Melitón y Andrés)*

ARISTEO: *(Con los ojos cerrados)* Dios esté con ustedes.

ANDRES: ¿Cómo está don Aristeo?

ARISTEO: ¿Quién eres?

ANDRES: Andrés Palomares para servir a Dios y a usted.

ARISTEO: *(Abre los ojos)* Ah... *(Abre los ojos. Cambia. Entra en confianza)* ¿Cómo estás?... ¿qué te trae por aquí?

ANDRES: Pues aquí, mi compadre Melitón y yo andamos en apuros.

ARISTEO: Ustedes dirán. Estoy a sus órdenes. ¿Qué les pasa?

ANDRES: Pues nos ha llegado la de malas. A mí me alcanzó el fulgor de una centella y a él no se le quieren quedar los animalitos en el corral. Se le desbalagan todos.

ARISTEO: Ahorita vemos eso. *(Saca una botella y da un trago)* ¿No quieren un traguito? para el frío, ya empieza a arriesar.

ANDRES: Pues sí. Con el nortazo que hizo anoche. *(Bebe y pasa la botella a Melitón, quien también bebe)*

ARISTEO: Ahora sí, ¿Por quién empezamos?

ANDRES: ¿Por usted, compadre?

MELITON: Faltaba más. Salga usted de su cuidado. Si quiere lo espero afuerita.

ARISTEO: No hace falta. No es curación secreta. Cuénteme. ¿Cómo empezó su padecer?

ANDRES: (*Toman asiento*) Pues verá... estaba yo cortando leña y empezó a chisppear. No llovía, hasta eso, nada más aguareaba; cuando ahí nomás chico resplandor y un calorón que me dejó atontado y me aventó. Ni el trueno oí. Cuando desperté, ya mi burro era difunto y yo sentí que se me durmieron los pies(es). Desde entonces, es una dolencia griega que no me abandona. Ya no sé qué hacer. Los he metido en nejayote, en agua de sábila y hasta en orines, que dicen que es lo mejor, pero como si nada.

ARISTEO: A ver. Déjeme ver. Sáquese los huaraches. (*Andrés obedece*). Claro. Tiene el fuego adentro. Ahorita se lo sacamos. Déjeme darle unos pases. (*Empieza a darle masaje, mientras dice*): "El frío no tiene frío. El agua no tiene sed. El pan no tiene hambre. San Lorenzo, cura estas quemaduras por el poder que te da EL Santo Nombre"... ¿siente alivio?

ANDRES: (*Mueve los dedos*) Pues... viera que sí. Como que se me quita la durmición.

ARISTEO: Así tiene que ser. Ya

salió el fuego. Si vuelve la molestia, le reza tres Padrenuestros a San Lorenzo. Vaya con Dios. (*A Melitón*) Y usted, ¿cómo está su negocio?

MELITON: Yo no vengo por mí, sino por mis animalitos. Se me pierden a cada rato y luego los hallo todos hinchados.

ARISTEO: (*Piensa*) Ah... caray... Ese es un asunto difícil. ¿Sabe usted escribir?

MELITON: Un poco, don Aristeo.

ARISTEO: Bueno, escriba: voy a dictar, pero luego tiene usted que volver a escribirlo en pergamino y en viernes santo. (*Cierra los ojos y dice como si a su vez estuviera escuchando*): oteos... noxio... bay... galy... apeni...

MELITON: (*Acaba de escribir*) ¿Y ahora?

ARISTEO: Cuando los tenga escritos en pergamino, los pone amarrados en una vara de pastor y los clava en el suelo en medio del rebaño, así no se desbalagan. Son conjuros. Ahora, cuando los animales aparezcan hinchados, dirá: (*Mismo proceso*) goyet... gagog... et supergagog... (*Melitón se ve apurado al escribir*) Les hace la señal de la cruz tres veces en la pata izquierda diciendo las palabras y teniendo a las reses paradas sobre las patas delanteras, sin pena ni agitación. Es probado. Acaba

diciendo: esto lo digo consumatusis y lo hago. ¿Acabó de escribir?

MELITON: Me quedé en consumatusis.

ARISTEO: Consumatusis. Es todo.

ANDRES: Bueno, don Aristeo, nos veremos pronto. Ya viene la procesión.

ARISTEO: Sí, ya se acerca.

MELITON: *(Saca unas botellas de mezcal del morral y se las da)* Esto es para sus ofrendas.

ARISTEO: *(Abre una y lo prueba)* Está pero re-bueno. Gracias, hermano.

VII

(Rufina entra a la carrera)

RUFINA: Las ofrendas acá.

ARISTEO: Déjalos, son amigos. Vayan con Dios.

(Salen los hombres. Rufina va con ellos. Al regresar, se queda viendo a Lucía, Avelino y a la madre, que están hechos bolita en un rincón)

RUFINA: Ustedes... ¿vienen juntos?

LUCIA: Sí, señora.

RUFINA: Pasen

VIII

(Entran al consultorio. Rufina sale al fondo. Aristeo está con los

ojos cerrados. Avelino se va de puntitas hacia donde salió Rufina y se queda viendo hacia afuera. La mamá emite risitas y mira un canasto que está en un rincón de la pieza, va hacia él y se mete dentro. Lucía va tras ella).

ARISTEO: Buenas tardes... *(No le responden, cada uno en lo suyo)* ¿Qué sucede?... Estoy esperando...

LUCIA: *(A su mamá)* Véngase para acá, mamá. ¿Qué no ve que la van a curar? Andele. Sáquese de allí... *(Risitas de la señora)*

ARISTEO: *(Ruge)* ¡Qué pasa! *(Abre los ojos)*

LUCIA: Es que mi mamá está mala, padrecito. Se mete en todas partes y uno no puede sacarla después. Andele, mamá, sáquese.

ARISTEO: *(A Avelino)* Y tú... ¿qué figas?... te estoy hablando, muchacho. *(Va hasta donde está éste y grita)* ¡Rufina, vete más para el monte, que te están mirando! A ver, señora, venga para acá.

(La señora sale. Más risas. Aristeo levanta la canasta y la señora se queda con expresión boba)

Dime, hermana, ¿desde cuándo está así tu señora madre?

LUCIA: Ay, padrecito, ya ni cuenta llevo. Cuando no es una cosa, es otra. Para mí que trae

algún mal espíritu adentro.

ARISTEO: Eso ni se discute.
¿Pero qué más hace además de meterse en los chiquihuites?

LUCIA: Pues... hacer... hacer... no. Pero duerme con los ojos abiertos. Le da por comer porquerías. Se queda lela días enteros. Si nos descuidamos, se mete en la castaña y ni quien la saque... chupa todo lo que encuentra y a veces se agarra diciendo malas palabras.

ARISTEO: Así que dices que no hace nada... ¿qué tal si hiciera?... vaya... dime... ¿oyes le chuzas por las noches?

LUCIA: ¡Válgame!... Muchas, padrecito.

ARISTEO: ¿No te has encontrado un tejón en el patio de tu casa?

LUCIA: Sí... uno... con cría.

ARISTEO: Así pensaba yo. Es que el muchacho también está enyerbado. Y esta criatura, ¿de qué padece?

LUCIA: Si hasta eso, él no le hace mal a nadie. Lo único es que tiene uno que cuidarse cuando va para afuera para que no la siga. Pero por las tardes, se está quietecito, quietecito, se va para el arroyo.

(Avelino los ve con coraje)

134 ARISTEO: ¿A pescar sardinas?

LUCIA: No. A ver bañarse a las muchachas.

ARISTEO: ¿Cuántos años tiene?

LUCIA: Veinte.

ARISTEO: ¿Y no ha buscado mujer? ¿No piensa en casarse?

LUCIA: Pues no ha dicho nada.

ARISTEO: *(Grita hacia el fondo)*
¡Rufina! Ven para que le cuentes un cuento a este muchacho mientras curo a su mamá.
(A Avelino) Anda, vé allá con la señora.

AVELINO: No. Yo quiero ver. Yo no quiero ir allá.

ARISTEO: ¿Qué quieres ver?

AVELINO: Quiero ver lo que le va a hacer a mi mamá.

LUCIA: Haz lo que te dice el señor, Avelino.

AVELINO: No. No voy. *(Se sienta en el suelo)*

ARISTEO: *(Piensa un momento)*
Bueno. Siéntate junto a tu mamá.

AVELINO: No. No quiero estar junto a ella.

LUCIA: No más un ratito. No seas terco.

(Entre Lucía y Aristeo arrastran a Avelino junto a la señora que está muy entretenida chupando su rebozo. Aristeo lo pellizca y Avelino le da una patada)

LUCIA: Mira, Velito, estáte sosiego. Si quieres, le digo a la Jacinta que venga a la casa.

AVELINO: ¿De veras?

ARISTEO: ¿Quién es Jacinta?

LUCIA: Una muchacha que siempre le ha gustado a mi hermano.

ARISTEO: Jacinta... Jacinta... ¿A poco la de tía Tocha?

LUCIA: Sí. Esa.

ARISTEO: Pero ¿a quién se le ocurre? ¿cómo cree que una muchacha tan chula le vaya a hacer caso a este menso?

LUCIA: Pues ahí donde ve, bien que le menea el agua.

ARISTEO: ¿Y por qué no se han juntado?

LUCIA: Pues ella es quien sabe cómo, anda con otros muchachos.

AVELINO: ¿La llevas... ¿la llevas?

LUCIA: Te digo que sí... Estate sosiego.

(Avelino se sienta junto a su mamá y se está muy quieto)

ARISTEO: *(Se pone en trance primero y luego toma una yerba y principia a barrer a la señora)* Os conjuro a todos, y a cada uno de ustedes, espíritus inmundos, potestades satánicas, incursiones del demonio, a que no os atreváis, astutas serpientes, a habitar en el linaje humano...

IX

(Entra Rufina, desahogada)

RUFINA: Aristeo, Aristeo... una víbora enorme está en el patio hecha rosca junto al aguacate. Ayúdame a matarla ahora que está dormida.

ARISTEO: *(Sale del trance)* ¿Una víbora?... ¿En el patio?... *(A Lucía)* Lo siento, hermana, no puedo hacer nada. El mal me amenaza a mí también si les presto ayuda. Sea por Dios, se hizo lo que se pudo.

LUCIA: *(Desconsolada)* ¡No, padrecito!... ¡Sígalos curando!

ARISTEO: ¿Yo... qué quisiera? Pero de lo alto se me avisa que este negocio no es de mi incumbencia. Alguien con más potestad que yo hizo el daño maligno y yo no trabajo con esos procedimientos.

LUCIA: *(Desesperada)* Padrecito... no nos abandone... no sea ingrato...

ARISTEO: De nada sirvirían mis servicios. Quedáramos los tres en el trabajo. Anda con Dios y qué él, gule tus pasos.

LUCIA: Pero... ¿por qué?... ¿quién me va a dar la mano en este trance tan duro?

ARISTEO: Bien ves que voluntad no me falta. Pero es imposible.

LUCIA: Mamá... Avelino... Vámonos. ¡Ay, Cruz de Caravaca, con razón tienes cuatro brazos, para crucificarme dos veces! *(Van saliendo seguidos de Rufina)* ¿Cómo dijo la mujer? el Carrizo... las Dos Carmelas... allá por San Carlos... ¡Hágase Señor, tu voluntad!

X

(Acaban de salir. Rufina se de-

vuelve y entra al jacal. Cierra la puerta, atraviesa la escoba frente a ella y va junto a Aristeo, que le da la espalda en ese momento. Este, al sentirla, se aleja inmediatamente, con asco y disgusto reflejados en la cara. Ella lo encara)

RUFINA: ¿Por qué?

ARISTEO: No peques con el pensamiento, mujer.

RUFINA: No es pecado, estamos casados.

ARISTEO: Pero se me va la luz.

RUFINA: ¿Y cómo no se te va cuando les juegas el cuerpo a las enfermas? como a la vieja del muchachillo granujiento ése, que no sale de aquí... A poco crees que no te vi.

ARISTEO: Son servicios que tengo que prestar. Es parte de mi trabajo. Mis manos son milagrosas. Lo has sabido siempre.

RUFINA: Pues sí... pero antes no eras así conmigo.

ARISTEO: Son pruebas que nos mandan y hay que respetarlas.

RUFINA: (*Explota*) Pues yo no sé... pero a veces me siento muy sabe cómo. Ojalá que esta dizque prueba pase pronto... y ahora, vente, vamos a matar la víbora.

136 (*Rufina sale. Aristeo la ve con odio. Luego, se limpia las manos con un trapo, se santigua y sale*)

OSCURO

PARAJE EN EL MONTE

Mucha gente está sentada en semicírculo. Otros de pie. Algunos, vendados, otros, macilentos. Al frente, tres mujeres, una de ellas, parálitica. Van entrando, Lucía, Avelino y su madre. Se acomodan. Lucía queda cerca de las mujeres. El Niño Federico anda de un lado para otro lentamente mientras dice una oración que los demás contestan. Tiene la expresión de un iluminado.

NIÑO FEDERICO: "De todo mal

TODOS: Líbranos Señor"

NIÑO FEDERICO: "De todo pecado

TODOS: Líbranos Señor"

NIÑO FEDERICO: "De vuestra ira

TODOS: Líbranos Señor"

NIÑO FEDERICO: "De muerte repentina

TODOS: Líbranos Señor"

NIÑO FEDERICO: "De los lazos del demonio

TODOS: Líbranos Señor"

NIÑO FEDERICO: "Del odio

TODOS: Líbranos Señor"

NIÑO FEDERICO: "De la mala voluntad

TODOS: Líbranos Señor"

TODOS: "Ángeles de Dios, oídnos Prestadnos vuestra ayuda

Sin vosotros, el corazón pierde su fuerza

Sean llenos de confusión los

que atentan contra
nuestra vida espiritual”.

Se santiguan todos. El Niño Federico se aleja a un rincón y así permanece mientras los fieles esperan

LUCIA: ¿A qué horas empieza a curar?

MUJER 1ª: No más que acabe de prepararse.

LUCIA: ¿A quién le toca?

MUJER 2ª: Al que recibe la gracia.

LUCIA: ¿Cómo es eso?

MUJER PARALITICA: Ay, madre mía esa es la luz.

LUCIA: ¿Cuál?

MUJER 1ª: Es que el Niño escoge por orden celestial y a veces aunque ya lleve uno aquí tiempo, no le toca.

MUJER PARALITICA: Figúrese, yo ya llevo aquí dos semanas y nada.

LUCIA: ¿Y qué le pasa?

MUJER PARALITICA: Sólo Dios sabe. Dicen que es parálisis, pero... pues sabe. Todo empezó con unas calenturas que me dieron una tarde después de bañarme en el río y que hacía norte. Luego mis piernas se quedaron así, como unos trapos.

MUJER 19: A ver si ahora.

MUJER 2ª: (A Lucía) A poco usted está mala... se ve muy entera.

LUCIA: Yo no, son mi mamacita y mi hermano. El padrecito del

rancho no los quiso curar porque le llegó un aviso. Tengo mucho miedo, no vaya a ser cosa negra.

MUJER 2ª: Ojalá fuera. El Niño Federico es lo mejor que hace: deshacer cosas malignas.

MUJER PARALITICA: Esa es la esperanza que tengo, que lo mío también sea cosa así, para ver si me alivia.

La gente chista y ellas callan

MUJER 1ª: Mire, ya está acabándose de preparar.

El Niño Federico se santigua

LUCIA: ¿Y cuánto cobra?

MUJER 2ª: Nada. No más entre todos le damos su comida. Algunos también le traen regalitos. Pero a veces se nos acaban los bastimentos y entonces nos socorremos unos a otros.

MUJER PARALITICA: Así es. Uno de pobre, tiene que ser compartido, y más si está en desgracia.

LUCIA: Ojalá le toque a usted, mujer, mire, yo traigo unas gorditas de manteca y un poco de panela... mire...

El Niño Federico se levanta. Viene al grupo. Con los ojos cerrados juega a algo así como la gallina ciega. Todos lanzan exclamaciones.

CADA UNO: A mí, apiádate de mí... Ten piedad de mis llagas, Niño milagroso... yo ... yo... hazme el favor a mí.

El Niño Federico sigue el juego. Va y viene. De pronto se detiene frente a Lucía y abre los ojos

N. FEDERICO: Tú

LUCIA: ¿Qué cosa?

N. FEDERICO: Que has sido escogida.

LUCIA: *(No puede creerlo)* ¿Yo?... ¿De veras yo?... ¿Puedo consultar?

N. FEDERICO: Sí. Habla conmigo.

LUCIA: ¡Bendito sea Dios! ¡Gracias, padrecito, gracias! *(Cae de rodillas, el curandero la levanta suavemente)*

N. FEDERICO: ¿Cuál es tu mal?

LUCIA: señor... Señor... Gracias... muchas gracias.

N. FEDERICO: Anda, cuéntame, ¿qué pesar te aflige?

LUCIA: Es mi mamacita, padrecito. Está muy malita *(No puede con la emoción)*

N. FEDERICO: Pero para eso estamos. Dime qué le pasa.

LUCIA: Bendito sea Dios. Prés-tame tu ayuda para remediar sus males.

N. FEDERICO: Habla sin pena, el Niño Federico la aliviará con la ayuda de los médicos celestiales.

138 LUCIA: *(Señala a la señora)* Es ella.

N. FEDERICO: Acércala

Varias personas ayudan a Lucía a mover a la señora que está muy ocupada chupando su chal. Ella se resiste entre risitas)

N. FEDERICO: Acuéstala.

LUCIA: ¿No vas a mecerla en tu columpio milagroso?

N. FEDERICO: Primero necesito saber qué espíritu la posee. Si es de aire, sí tendré que mecerla. Pero si es de agua o de tierra, de nada serviría. Acuéstala.

LUCIA: Andele, mamacita. Es para que se ponga buena.

(Tienden a la mujer en el suelo. Ella, al fin cede y se está quieta. El Niño Federico se arrodilla junto a ella y principia a pasar sus manos a lo largo de todo su cuerpo. Avelino se va acercando muy despacio, de rodillas, inquietándose a medida que avanza hasta ser presa de una crisis convulsiva semejante a las epilépticas. Se retuerce y ruge. La gente se aparta asustada. El Niño Federico suspende la curación de la madre y viene hasta él. Lo levanta por la espalda, mira hacia el cielo y casi grita:

N. FEDERICO: ¡Creatura, oye a tu creador! ¡Creador, oye a tu creatura! ¡Levántate, por la Santísima Trinidad!

(La crisis va disminuyendo hasta

ceder por completo -Avelino se desprende bruscamente del Niño Federico y viene hacia donde está su madre, tendida. La levanta sin miramiento, la contempla y le da unas cachetadas. La señora despierta, mira a Avelino. Se reconocen. Se abrazan).

GENTE: ¡Milagro!

MADRE: ¡Hijo!... ¡Hijo de mi alma! ¿En dónde estoy?... Lucía... llévanos a la casa...

GENTE: *(Más entusiasmada aún)*
¡Milagro!... ¡Es un milagro!
¡Milagro!

N. FEDERICO: ¡Atrás!... ¡No proclamen milagro! ¡las fuerzas del mal sean alejadas de aquí!

(Nadie le hace caso)

GENTE: *(Al ver que Lucía, Avelino y la madre van saliendo, se van tras ellos)* Vamos con él... Es un iluminado.

(Todos empiezan a salir detrás de los tres. Hasta la mujer tullida se arrastra penosamente y el Niño Federico se queda sólo, mirando al cielo)

TELON

SEGUNDO ACTO

I

(Sala de Consulta de Avelino. Muy semejante a la de Aristeo,

del Primer Acto. Están sentados: Lucía, Andrés, Melitón, dos mujeres y Jacinta)

LUCIA: *(Con acento teatral)* Y así como sucedió: al ver aquel prodigio, el Niño Federico se puso loco furioso y se abalanzó contra mi bendito hermano que ningún daño le hacía. Toda la gente se alborotó y comenzó a proclamar milagro y a pedirle al Niño Avelino su protección porque ya se daban cuenta de que la iluminación le había llegado. Entonces, el Niño Federico no aguantó más... ¡y blasfemó!.. Mi santa madre comenzó a temer por la vida de su hijo, que acababa de ser ungido y nos dio su consejo: Si es la voluntad del Dios Nuestro Señor, que mi hijo sea un iluminado, puede serlo en cualquier parte. Vámonos para el rancho. Y gracias a eso, aquí estamos, para velar por nuestros amigos y por toda la gente desamparada... *(Abandona el acento teatral)* Son muchos los milagros que ya se han comprobado, ¿verdad, don Andrés?

ANDRES: Pues sí. Ya ha curado a algunas gentes. A mí, sin ir más lejos, con los pases que me dio Aristeo, se me acaba ron los entumecimientos de los pies (es) pero luego no po-

139

día retirar las ampollas que me salieron y ahora, con un aceitito que me recetó Avelino...

LUCIA: (*Interrumpe*) El Niño Avelino.

ANDRES: El Niño Avelino... disculpe... estoy mejor. Ya las vejigas se están apagando.

MUJER 1ª: ¿Y entonces, a qué viene?

ANDRES: A que me acabe de (des) borrar las manchas coloradas que me habían quedado. Y a acompañar a mi compadre Melitón, que todavía anda penando por sus animalitos. Parece que las oraciones que le dio Aristeo ya perdieron su efecto. Ya se le comienzan a desbalagar otra vez las chivas.

MUJER 2ª: Es que la luna está muy tierna y además está saliendo el invierno. En este tiempo siempre se desbalagan los animales. ¿Qué no ve que se les acerca el cielo?

LUCIA: Pues, si la verdad, hasta las gentes padecen, pero para todo hay remedio, ¿verdad Jacinta? (*Con intención*)

ANDRES: A poco está mala Jacinta.

JACINTA: No. Es que me dijeron que tenía que ampararme porque Secundino es medio atrasado y ya nos vamos a casar.

MELITON: ¡Qué suerte tienen

algunos!

ANDRES: Y qué... también Avelino... digo, el Niño Avelino, ¿sabe hacer protecciones de ésas?

LUCIA: De todas, don Andrés. De todas. Siempre que sea cosa blanca. Es algo de no creerse. No más viera. A mi comadre Mencha, por poco la tumban, y con un amuleto que le preparó mi hermano, se le acabó todo el daño.

MELITON: ¿Y de dónde saca los amuletos?

LUCIA: El los fabrica. A veces, con materias que tiene y a veces, con otras que solicita a los enfermos, pero la gracia la reciben de las curaciones que les hace. El otro día, le preparó una estrella de mar a don Filemón para que le devolvieran unas tierras que le andaban quitando unos del gobierno, y luego, luego. Y a Tulitas, le aplicó un aceite contra latido que le sacó un aire atorado que tenía, ya muy viejo, que no la dejaba ni resollar siquiera.

ANDRES: Y aquí, ¿de dónde se proveyó (provió) de estrellas de mar? dicen que son buenísimas.

LUCIA: Pues ésa la trajo el señor... No sé dónde la conseguirá, dijo que le costó muy cara. El niño se la pidió porque era el único remedio que le podía surtir efecto. El diputado Mo-

rales, ya vino a protegerse porque le pescaron un asunto muy feo, allí, en la frontera.

ANDRES: No me digas. A poco ahora que los gringos estaban esculcando a la gente...

LUCIA: No, don Andrés, eso hubiera sido al otro lado y hasta allá no llega la ciencia de mi hermano, ¿no ve que es otro modo de hablar?... No, aquí, cerquita, por San Fernando... un trailer lleno de cosas; unos aparatos, vinos y cigarros, que es que para unas gentes de México... No, si le digo que ya le daban las doce...

MELITON: ¿Y cómo le hizo tu hermano para resolver ese asunto tan delicado?

LUCIA: (*Orgullosa*) Pues para que vea, hasta dónde llega su poder. Ahora, ¿qué cómo le hizo? pues quién sabe. Son cosas secretas. Pero ya se arreglo todo y eso que el hombre ya había ido a La Petaca y allá no habían querido socorrerlo. Ya lloraba de gusto el cristiano.

MUJER 1ª: Les ha de haber quedado muy agradecido el señor.

LUCIA: Pues no se dio por mal servido. Nos trajo a regalar una televisión a colores, no más que no hay luz. Y aunque hubiera dice el niño que esas cosas estorban para su quehacer. Así que la cambió por cinco becerras muy finas, de esas

que les dicen Charolais. Y otra cosa: dijo el buen hombre que él se encargaba de que no volviéramos a pasar hambres y nos dejó bastantes botes de hoja de lata con comida adentro y un aparatito para abrirlas. No más que están muy desabridas.

MUJER 2ª: Con chilito, doña Lucía.

MELITON: Pues se las trae tu hermano.

MUJER 1ª: Uy, y viera el favor que me hizo a mí. Le dio unos polvos de olor a mi señor para que se le olvidara una vieja que tenía allá en el ejido de Los Dulces Nombres. Y santo remedio.

MUJER 2ª: ¿Y entonces, a qué viene usted si ya está amparada?

MUJER 1ª: Es que ahora quiero que me dé algo para cuidarme yo. Le tengo miedo a la mujer ¿no ve que está despechada? No me vaya a hacer un mal puesto. Ya me han llegado algunos avisos. En las tardes, cuando mis gallinitas se andan acostando, se me llena de tordos el mezquite y me las espantan.

MUJER 2ª: Ah, pues sí. Más vale. A mí, con los que me da lástima es con don Aristeo y doña Rufina. Dicen que ya no se les para ni un alma.

MUJER 1ª: ¿Y por qué será?

LUCIA: ¿Cómo que por qué?... Por malas almas, no más por eso. ¿No me dejó a mí, el Aristeo ése, sola con mi pesar? ¡Ay, qué calvario! Con el pretexto de que la Rufina se halló una víbora en el patio, hecha rollo junto al aguacate, nos dejó en la desgracia. Y venido a ver, era una víbora negra, de las buenas, ni la mataron porque era de las que se comen a las otras.

ANDRES: No se las comen. No más las espantan.

LUCIA: Pues lo que sea. Pero Aristeo no tuvo piedad de nosotros y ahora la está pagando. Nos echó a la calle ¿se imaginan? Yo, con mi santa madre y mi bendito hermano, que estaban posesos. No, si he sufrido, no crea...

MUJER 1ª: Pues dicen que la están pasando muy mal.

MUJER 2ª: ¿Peor?... Ya vendieron sus chivas.

MELITON: Mire... cómo no supe...

MUJER 2ª: Sí. Ya a las gallinitas que les quedaban, les salieron viruelas en los ojos y ahí andan los pobres animalitos tereándose en todas partes... y como si fuera poco, al maicito que les dejó la helada, le cayó chahuistle...

142 LUCIA: Puras anunciaciones. Y faltan otras.

MELITON: No la amueles, Lucía. ¿A dónde los mandas?

LUCIA: Yo no más digo. No son malos deseos, sino justicia divina.

ANDRES: Pobres, si son buenas gentes. ¿Qué culpa tiene de haber fallado una?

LUCIA: Pues no tendrán culpa, pero ya ni modo. Ahora que trabajen, como lo hacen todos.

MELITON: Pues ése era un modo de trabajar, pero ya se les acabó.

LUCIA: Pues que se busquen otros, hay muchos.

ANDRES: Y qué... ¿no irá a consultar a Avelino?

LUCIA: El Niño Avelino... quién sabe. Yo creo que sí. Ahorita que me vine estaba en trance. Ahorita sale... Mire... ahí viene...

II

(Entra Avelino. Trata de imitar la expresión del Niño Federico y trae una corona de ramas en la cabeza. Mira a Jacinta, ignora a los demás y va directamente a ella)

AVELINO: ¿Qué te trae por ésta tu casa?

JACINTA: Yo... yo venía a pedir protección...

AVELINO: ¿Protección?... ¿Contra quién?... ¿Alguna envidia?

JACINTA: No... es que... me voy a casar.

AVELINO: *(Que ya iba a hablar con Lucía)* Qué... ¡Qué!...

JACINTA: Pues sí... la semana que viene.

AVELINO: Lucía... díles a los hermanos que no voy a poder trabajar hoy. Está muy nublado.

MUJER 2ª: Ay, niño pero usted me dijo que la operación de mi hermano ya no podía aplazarse... Ya no aguanta, está en un clamor.

AVELINO: Eso es otra cosa. Ya está previsto. La operación de tu hermano tiene que hacerse a como dé lugar. Nada más que de parte de noche. Tu espérate a que te dé las instrucciones, lo que se suspende es la consulta.

ANDRES: Y nosotros, ¿qué?

AVELINO: Si son gustosos, don Andrés, vengán mañana. Nomás no pude comunicarme con las altas potencias. La nubazón está muy cerrada y el agua se enturbia. Pero ya dejé puesta una velación para que amanezca claro.

ANDRES: ¿Y amanecerá?

AVELINO: Como estar yo aquí. ¿Qué no ve que es una velación perfumada?

MELITON: ¿Qué dice, compadre?

ANDRES: ¿Pues, qué le vamos a hacer?... a ver si mañana podemos darnos la vuelta.

III

(Salen los dos. La mujer 1ª. tam-

bién. La mujer 2ª., se queda Jacinta pasa junto a Avelino)

AVELINO: Jacinta...

JACINTA: Mande usted.

AVELINO: Ven a la noche. Las mejores protecciones tienen que ser nocturnas.

JACINTA: Pero... no sé si mi mamá me dejará venir. Sólo que ella venga conmigo.

AVELINO: No. Te espantaría los buenos espíritus. ¿No ves que no es virgen? Ven tú sola.

JACINTA: Bueno... ¿y qué traigo?

AVELINO: Nada... Nomás tu persona.

JACINTA: Está bien. *(Sale. Avelino se queda viéndola. Habla a la mujer que espera)* Voy a darte las indicaciones. Pasa... *(Entran al consultorio. Lucía sale. Quedan solos)* Oyeme.

IV

MUJER 2ª: Sí, niño, diga usted.

AVELINO: *(Muy serio)* Que se acueste el paciente antes de que salga la luna...

MUJER 2ª: Ahorita no hay luna. Está nueva y se mete muy temprano.

AVELINO: Mejor. No interrumpas... Que se acueste el paciente. Le lavas la parte del vientre que tiene dolorida con jabón de Castilla. Lo tapas con un lienzo blanco. A un lado dejas:

agujas, hilo del ocho, tijeras, un cuchillo bien filoso, un aguamanil, bastante algodón y una olla con agua de lluvia. Antes de dormirse le das este polvo, es para que no sienta. Que se acuesten todos en paz. No vayan a hacer ruido porque espantarían a los doctores celestiales y la operación se quedaría a medias. En la mañana, el paciente va a estar dolorido, pero es natural. Debe guardar cama tres días y de ser posible, estar a dieta de carne de pollo. Los algodones ensangrentados y demás materia que amanezca en el aguamanil, los entierran sin tocarlos con las manos, bien lejos del jacal y por el lado sur.

MUJER 2ª: Y luego, ¿no hay que curarle la herida?

AVELINO: ¿Cuál herida?

MUJER 2ª: Pues la de la operación.

AVELINO: No, mujer, la operación es invisible. No hay herida. Haz lo que te digo y anda en paz. Ya me avisarás cómo salieron del apuro. Estate tranquila, no hay riesgo cual ninguno.

MUJER 2ª: Bueno, Niño Avelino, ahorita voy al pueblo a comprar el jabón de Castilla porque no tengo en mi casa. Después vendré a agradecerle sus servicios.

AVELINO: No pases cuidado.

MUJER 2ª: Le dejé unas calabacitas tiernas con doña Lucía y unos huevos de cócono, me han dicho que usted los aprecia mucho.

AVELINO: Claro. Son los mejores para curar el ojo pasado. Gracias, mujer, gracias, anda con Dios.

(Sale la mujer y entra Lucía)

AVELINO: ¿Por qué buscará protección la Jacinta?

LUCIA: ¿Pues cómo por qué? El novio es Secundino y tú ya sabes lo atrabancado que es ese hombre. Tú dirás. Casarse con él. ¡Qué ocurrencia! Lo que yo no veo es qué puedes hacer tú por ella después de como te ha tratado.

AVELINO: Hay que devolver bien por mal. Es la santa ley de Dios. Veremos qué se hace.

LUCIA: Se estuvieron acordando de Aristeo y de Rufina. Dicen que les ha ido muy mal.

AVELINO: Aleja los malos pensamientos y no traigas disturbios. Tengo que trabajar. Y no te alegres de la desgracia ajena.

LUCIA: Pues tú serás compadecido, pero yo no. Yo no les tengo lástima. Más merecen. Todavía me acuerdo... ojalá les vaya peor.

OSCURO

VI

(Mismo sitio. Avelino se pasea en la sala de espera. Se ha puesto otra ropa. Sigue con su corona de ramas. Entra Lucía. Es ya entrada la noche)

LUCIA: Creí que trabajabas.

AVELINO: Acabé ya.

LUCIA: ¿Y por qué no te acuestas?

AVELINO: Espero a Jacinta.

LUCIA: Se me hace que no viene. Tía Tocha es muy escandalosa. O al menos que venga con ella.

AVELINO: Le dije que viniera sola. Su madre estorba.

LUCIA: ¿Estorba? ¿Para entregarle un amuleto, te estorba?

AVELINO: (Pensativo) No voy a darle ningún amuleto. Voy a darle una protección mejor. La pensé para ella.

LUCIA: Ay, hermano, esa muchacha te trastornó la cabeza para siempre.

VII

(Llaman a la puerta. Lucía abre. Entra Jacinta)

JACINTA: Buenas noches.

LUCIA: Pásale. Mi hermano te está esperando. Con permiso.

JACINTA: (Con aprehensión)...No se vaya...

LUCIA: ¿Por qué?... Quedas en santas manos (Sale)

VIII

JACINTA: Este... me tardé un poco porque mi mamá no quería dejarme venir. Estaba terca en traerme. Me dijo que no me fuera a tardar.

AVELINO: Pásale (*Señala el consultorio*)

JACINTA: Este... ¿allá?

AVELINO: Allá es donde hago mis curaciones.

(Entra Avelino y Jacinta lo sigue. El se detiene y Jacinta se va a reír y se tapa la boca)

AVELINO: (*Imperativo*) ¡No te rías!

JACINTA: (*Obedece*) Bueno.

AVELINO: (*La va obligando a que se siente en un petate que está sobre el suelo*) Jacinta... ¿por qué siempre te has reído de mí?

JACINTA: Pues no sé... eres bien curioso... la gente decía que estabas lelo.

AVELINO: ¿Y tú lo creías?

JACINTA: Pues sí... pero ya no.

AVELINO: ¿Por qué ya no?

JACINTA: Porque dicen que haces milagros.

AVELINO: Entonces... ¿ya no te doy risa?

JACINTA: No... pero quítate esas yerbas, te ves bien chistoso.

(Avelino obedece. Se queda viendo a Jacinta y se quita también la camisa. Jacinta se pone ner-

viosa. *El se le acerca cada vez más, poco a poco).*

AVELINO: ¿Por qué te vas a casar con Secundino?

JACINTA: No sé.

AVELINO: ¿Lo quieres?

JACINTA: No sé. Yo creo que sí.

AVELINO: El es... ¿es cariñoso contigo?

JACINTA: Pues sí... pero es muy mandado...

AVELINO: *(Celoso)* Y tú... ¿lo dejas?

JACINTA: No. Corro para el jacal. El otro día me quiso arrastrar para la nopalera y lo mordí. Entonces me dijo que si quería casarme con él.

AVELINO: ¿Y tú quieres casarte con él?

JACINTA: Lo que quiero es irme de mi casa. Mi mamá es muy atendida y me golpea por todo. Y nadie me había dicho de casarnos. Todos, lo que quieren es... pues sabe qué...

AVELINO: Oye, ¿y si otro te dijera que te casaras, dejabas a Secundino?

JACINTA: ¿Me ibas a decir tú?

AVELINO: No. Yo no puedo. Estoy ungido.

JACINTA: Entonces, ¿ya para qué tanta pregunta? Dame mi amuleto y ya.

AVELINO: ¿Para qué quieres un amuleto? ¿A qué le tienes miedo? ¿De qué quieres protegerte?

JACINTA: Es que dicen que él

tiene muy mal genio y que le gustan las mujeres y si se ha de casar conmigo para largarme al rato, pues mejor no. Para eso quiero la protección. Yo quisiera que vieras en tu vaso de agua a ver si hay algún peligro.

AVELINO: No voy a darte ningún amuleto. No lo vas a necesitar. *(La va recostando en el suelo y la acaricia suavemente).*

JACINTA: ¿Qué vas a hacer?

AVELINO: Te voy a curar. No digas nada. Mírame a los ojos. *(La acaricia al mismo tiempo que habla. Ella, al principio, se resiste, pero despues corresponde a las caricias)*

“Yo bien sé que indigno soy de venir a hablar contigo pero de aquí no me voy si cuenta cabal no doy del hondo pesar que abrigo. Yo bien quisiera poder aliviar tu corazón de tan duro padecer pero es muy pobre mi ser y muy grande mi aflicción”...

“Hermosa eres, querida mía llena de dulzura... tú heriste mi corazón con una sola mirada tuya... con una trenza de tu pelo... Son tus labios un panal que destila miel... miel y leche debajo de tu lengua...”

(Se va oscureciendo la escena poco. Las caricias deben ser

muy tiernas y no sexualmente obvias)

OSCURO

IX

(Muy noche. Grandes llamadas a la puerta delantera. Viene Lucía a abrir. Trae una vela en la mano y una toalla en la cabeza. Anda en fondo).

LUCIA: ¡Tía Tocha! ¿Que anda haciendo a estas horas?

TIA TOCHA: Vengo a ver qué le pasó a mi hija.

LUCIA: Qué... ¿no se fué?

TIA TOCHA: No sé. A mi casa no ha llegado.

LUCIA: Yo vi apagarse la luz. Mi hermano ha de estar dormido. A ver deje ver... *(Entra y sale al momento de la habitación de Avelino)* Pues no... fijese que no se fué. Está pero bien dormida y el niño la está velando. Dice que estaba pero bien salada y que le iba a ir de lo peor con el marido, pero que le va a hacer una velación de siete noches.

TIA TOCHA: Pero cómo... ¿tanto?

LUCIA: Pues sí... así son estas cosas. El mal llega cuando menos lo espera uno, pero usted no pase cuidado, que aquí estoy yo para lo que se ofrezca.

TIA TOCHA: Entonces, ¿en la mañana se va a la casa?

LUCIA: Pues no me dijo nada el niño, pero a ver... deje ver. *(Vuelve a entrar y salir)* Dice que no. Que de noche la va a velar, pero que de día le va a dar unos sahumeros (some-rios) con incienso y como es muy caliente, si sale al aire se le puede torcer la boca. Que es mejor que se quede encerrada y no salga para afuera. Pero usted no se apure, que aquí estoy yo... Yo lo siento por las pobres gentes, de seguro mi hermano va a tener que suspender algunas curaciones...

TIA TOCHA: Pues ya me está metiendo usted cuidado.

LUCIA: Al contrario, se le habla de quitar. Siquiera vino a tiempo ¿se imagina qué iba a ser de la pobre criatura con tamaño salación? No más dígame.

TIA TOCHA: Bueno... pues ahí se la encargo.

LUCIA: Sí. No tenga pendiente. Faltaba más.

OSCURO

I

(Jacal de Aristeo y Rufina. Están bajo la enramada. Aristeo fuma un cigarro mientras Rufina pela unos chayotes).

ARISTEO: ¡Chayotes!... ¡Más chayotes!... ¡Ya estoy harto de comer chayotes!

RUFINA: Antes dale gracias a Dios de que todavía hay bastantes...

ARISTEO: Como si no hubieran. ¿De qué sirven? Son pura agua. Se los come uno y al rato, ahí está el gruñidero de tripas de pura hambre. Y con eso de que ahora hasta las gordas me cuentas.

RUFINA: ¿Y qué quieres que haga? El maíz ya se está acabando. Y estamos tan de malas que no me extrañaría que la milpa se secase. Ya me canso de hacer rogativas, pero ninguna prende.

ARISTEO: El coraje que me da es que la culpa de todo esto la tiene el menso ese del Avelino. ¿De dónde sacaría que le cayeron poderes del cielo?... Como si fuera tan fácil...

RUFINA: Pues tú dirás lo que quieras y que son mentiras, pero la gente se le ha engrñado mucho y bien que lo favorecen.

ARISTEO: No me empieces a calentar la cabeza, mujer.

RUFINA: Si no son cosas más. Nomás fíjate. Ya viste que el jacal en que vivían los tres, lo dejó para él solo y le hizo otro a Lucía y a su mamá. Y hasta una trojita porque ya no hallan en donde meter el maíz y las calabazas.

ARISTEO: Mejor cállate. Me vas a matar de un coraje.

RUFINA: ¿Y yo qué culpa tengo? Han venido de ejidos muy retirados a protegerse con él. Dicen que hasta el Niño Federico está resentido, porque su gente ganó también para acá...

ARISTEO: Ese Niño Federico, más merece por animal. El tiene la culpa de todo.

RUFINA: Pues yo digo que si tú hubieras curado a la mamá no nos hubiera pasado nada.

ARISTEO: ¿Y todavía me lo echas en cara? ¿No fuiste tú la que mandaste todo al carajo con tus gritos de que una víbora estaba en el patio?

RUFINA: Pues la víbora allí estaba, yo no te eché mentiras. Y bien grandota. Tú mismo la viste con tus ojos.

ARISTEO: Pero no me dijiste que era huevera. Yo creí que era de cascabel. Me interrumpiste y eso es malo.

RUFINA: Es que con el susto ni cuenta me di. Nomás vi chico rollo y el correteadero de gallinas. Pero lo que más me duele es que hasta nosotros la estamos llevando. Ahora estás peor que antes. Te la pasas peleando conmigo todo el día.

ARISTEO: Estás jodida.

RUFINA: Estamos... que es muy distinto.

ARISTEO: Pues... sí.

RUFINA: A mí se me hace que todo esto es por lo mismo. Pe-

ro a ratos pienso que un día se van a componer las cosas. Con el cuento de que Avelino sacó la novedad de curar muchachas, ya no se ocupa de otra cosa y la pobre gente anda vuelta y vuelta. En un descuido, se nos vuelven a arri-mar... vas a ver...

ARISTEO: (*Rumiando las palabras*) Es cierto... Avelino ya no se ocupa de otra cosa que... de las muchachas...

RUFINA: Ya ha de ser un trabajo difícil, ¿eh? nomás imagínate, tanta desvelada. Que es que las vela toda la noche. Porque se le nota desmejorado.

ARISTEO: (*Suspira*) Sí... ha de ser difícil...

II

(*Entra Espiridión*)

ESPIRIDION: Buenas y santas tardes tengan, hermanos.

RUFINA: Espiridión... ¿qué lo trae por acá?

ARISTEO: Pásale, hermano. ¿Cómo siguió tu mujer? ¿Le sirvió el remedio?

ESPIRIDION: Sí, cómo no. (*Se ríe*).

ARISTEO: ¿De qué te ríes?

ESPIRIDION: Es que acabo de pasar por el jacal de Avelino y dizque estaba curando a una muchacha ¡a estas horas!

RUFINA: ¡Ah, sí! Es la Piedad.

Se casa la otra semana.

ESPIRIDION: ¿Y quién es el pen-dejo?

RUFINA: ¿Qué cosa?

ARISTEO: Shh... (*Hace una seña a Espiridión para que se calle pero éste no la capta*).

ESPIRIDION: Sí, ¿qué con quién se va a casar?, porque se la van a mandar muy bien curadita...

ARISTEO: Rufina... anda a cortar unos chayotes para mi hermano.

RUFINA: Aquí hay bastantes.

ARISTEO: Pero yo quiero regalarle unos frescos.

III

(*Sale Rufina*).

ARISTEO: Como ves, hermano, las cosas siguen de mal en peor y vamos a tener que poner un hasta aquí.

ESPIRIDION: Según veo, la gente de a tiro se enfrió contigo.

ARISTEO: Es una prueba muy dura, hermano, y lo malo es que me están jugando en desventaja.

ESPIRIDION: ¿Por qué?

ARISTEO: Porque ese muchacho baraja cartas que yo no juego.

ESPIRIDION: Ah... por lo de las muchachas...

ARISTEO: Y por otras cosas. Se sirve de otros elementos.

ESPIRIDION: ¡Qué suerte tienen algunos!

ARISTEO: La suerte va y viene y aquí ya ha durado bastante. Las cosas ya están pensadas y por eso te llamé, a ver si siempre eres gustoso de ayudarme en el trabajo. Yo quisiera que fuera ahora en la noche, aprovechando que hay luna llena.

ESPIRIDION: Pues yo pensaba regresarme a mi ranchito ahora, al pardear, pero si me necesitas, me quedo y me voy mañana, nomás clareando.

ARISTEO: Así es mejor y con eso salimos de este quebradero de cabeza.

IV

RUFINA: (*Entrando*) Aquí están los chayotes.

ARISTEO: Guárdaselos en su morral. Mi hermano va a dormir aquí porque a la noche va a ayudarme a hacer un trabajo para ver si ya se componen las cosas.

RUFINA: Y entonces... ¿qué?... ¿yo ya no sirvo?

ARISTEO: No es eso. Es que en este asunto no puedes ayudarme. Es cosa de hombres. Vamos a ir a la barranca a hacer una invocación.

RUFINA: Aristeo, te prevengo. No te metas con las potencias negras.

ARISTEO: Ah, qué mujer. Si no

es una potencia negra, al contrario, es una potencia blanca. Tú sabes que yo no hago trabajos de otros, ¿verdad, Espiridión?

(*Espiridión nada más baja la cabeza como que no le gusta el asunto*).

OSCURO

I

(*Consultorio de Aristeo. Tres mujeres y una muchacha platican con Rufina. Pasa una vieja y se asoma*).

RUFINA: Pase, pase, doña Estefanita. Ahorita va a empezar a trabajar mi señor; sólo que se le ofrezca algo en lo que yo pueda darle la mano, ya sabe, con confianza.

ESTEFANITA: Si viera que nomás pasaba yo por aquí y me dio curiosidad asomarme, porque me dijeron que don Aristeo ya había vuelto a abrir consulta.

MUJER 1ª: Pues sí... como se enfermó el Niño Avelino.

RUFINA: Ah, ¿entonces por eso vienen?... ¿nomás por eso?

MUJER 1ª: No, doña Rufina, qué esperanza. Si nunca les hablamos perdido la fe a ustedes. Nomás que como están tan retirados.

RUFINA: Pues ya ve. Retirados,

pero cumplidores, no como ese muchacho embustero y afrentoso que lo único que hizo fue que a la gente se le olvidaran las veredas.

MUJER 2ª: Por mí no lo diga, doña Rufina, que yo nunca fui a consultar al niño, que bendito sea Dios, que nunca se me ofreció pero de todas maneras hubiera venido hasta acá. Si no hay como don Aristeo.

(Se asoma Aristeo).

II

ARISTEO: Muy buenos días les dé Dios. ¿Cómo amanecieron?

MUJER 1ª: Pues aquí penando, don Aristeo y solicitando sus buenos servicios.

ARISTEO: Pues para eso estamos, para servir a Dios y a ustedes. ¿De quién es el turno?

MUJER 1ª: Yo llegué primero, señor. Con permiso. *(Se levanta y entra, Rufina la ve con coraje).*

III

RUFINA: Que es que muy lejos... ¡nada! Si bien que estuvo curándose con el Avelino, pero la ha de haber dejado a medias. Eso que le pasó no fue por bueno. ¿Cómo es que siendo tan santo no pudo darse protección él mismo? Las buenas obras empiezan por la ca-

sa de uno.

ESTEFANITA: Ay, Rufina, cuentan que estuvo muy feo. A mí no me lo crea, lo agarraron desprevenido a la criatura y luego, con su falta de experiencia...El era muy nuevo en estas cosas.

RUFINA: ¿Pues si no tiene experiencia, para qué se arriesga? En todo hay peligro. ¿A poco usted cree que nosotros no hemos estado amenazados muchas veces? Sin ir más lejos, con su misma mamá de Avelino. De aquí mismo los despedimos cuando Lucía los trajo a curarse, porque ahí nomás chico avisote en el patio: una víbora de este tamaño. *(Hace un ademán exagerado)* y con pena y todo, mi señor suspendió el tratamiento, pero ¿qué otra cosa podía hacer si le iba la salud y hasta la vida en eso?... Entonces ganaron para donde el niño Federico y fue allá donde sacaron sus novedades y vinieron de afrentosos. Pero ya ve, qué poco les duró el gusto.

MUJER 1ª: ¿Pues qué fue lo que le pasó? Yo no supe cómo estuvo la cosa.

RUFINA: Pues nada. Que de repente Avelino se puso más lelo de lo que estaba y así ni modo de curar a nadie.

ESTEFANITA: A mí me lo contaron de otro modo. Que una no-

che que acababa de bendecir a una muchacha se le ofreció ir para afuera y entonces oyó cantar a una lechuza...

MUJER 2ª: Las lechuzas chiflan, no cantan.

ESTEFANITA: Pues sería... el caso es que oyó a la lechuza y con mucha razón pensó que sería alguna bruja que quería deshacer la curación. Entonces se puso a rezar las doce verdades, pero se le olvidaron a medio camino y la bruja jaló con él para el monte.

MUJER 1ª: Eran dos. Eran dos las brujas.

RUFINA: ¿Pues no dice que usted no sabe nada?

MUJER 1ª: Es que hay otro cuento y es el que yo oí, pero no más no tiene sentido. Decían que entre dos hombres se lo habían llevado y lo habían golpeado toditito... que lo dejaron hecho un Santo Cristo.

RUFINA: Ay, señora, pero que si será usted inocente. ¿Qué no sabe que las brujas se ven del modo que quieren ser vistas? No ha de haber faltado quien las viera así. Serían dos, como usted dice, pero eran brujas. Eso ni duda cabe. ¡Si lo dejaron todo rasguñado! ahora, que de todas maneras, la culpa fue de él, porque si uno no sabe las doce verdades completas, ¿para qué empieza? firma su sentencia de

muerte. Es probado.

MUJER 2ª: Pues fíjese que tiene usted razón. ¿Qué hombres iban a ser? No se le conocían enemigos. Al contrario, todo el mundo le estaba agradecido.

ESTEFANITA: Enemigos todos tenemos, pero no cualquiera se pone con un iluminado.

(Sale la mujer primera).

IV

RUFINA: *(A la mujer segunda)* Usted sigue, señora. *(Entra ella)*

ESTEFANITA: Bueno, Rufina, pues ahí la dejo con su quehacer porque mi jacal está muy retirado y tengo que ir a darles de comer a mis animalitos. Otro día vengo con más calma y sirve de que me dé un remedio para mis reumas.

RUFINA: Cuando usted guste, estamos para servirle.

(Sale doña Estefanita).

V

RUFINA: *(A la mujer tercera y la muchacha)* Y ustedes, ¿no son de aquí?

MUJER 3ª: No, señora. Venimos desde El Ebanito.

RUFINA: ¿Y qué se les ofrece?

MUJER 3ª: Pues ya sabemos que ustedes curan los dos, pe-

ro en este caso yo creo que no más su señor puede sernos de utilidad.

RUFINA: Válgame, cómo se ve que no nos conocen.

MUJER 3ª: ¿Por qué?

RUFINA: Pues porque pone en tela de juicio a nuestros servicios.

MUJER 3ª: No es eso. Es que mi muchacha va a casarse y no quiere ir desprevenida, así que venimos a ver si don Aristeo es gustoso de hacerle aunque sea una curación.

RUFINA: *(En guardia)* Ah... es eso... Vaya... No, pues fíjese que entonces sí tiene usted razón. Yo no la puedo curar pero él, menos. Mi señor no hace esas cosas, él se ocupa de cosas serias, de otra clase de curaciones, no como las invenciones del demonio de ese muchachito argüendero. Y para que los sepa, ésa fue la causa de la perdición del Avelino, nomás dígame, ¿cuándo se habían visto tamañas provocaciones?

MUJER 3ª: Pues no, es cierto, antes no se acostumbraban esas cosas pero ninguna de las muchachas protegidas ha tenido motivo de queja en su matrimonio, al contrario, no las dejan ni que les dé el aire y uno qué quisiera para sus hijas.

RUFINA: Bueno, así es siempre

al principio, con curación y sin curación. Espérese a la vuelta del año, a ver cómo les pinta.

MUJER 3ª: Bueno, pues si su señor no... *(Se levanta. La interrumpe Aristeo que sale con la mujer segunda).*

VI

ARISTEO: *(A la mujer)* Andele, que Dios la ayude. Siguen ustedes. *(Se queda viendo a la muchacha con antojo. Sale la mujer segunda).*

RUFINA: Ya se iban...

ARISTEO: ¿Y por qué? ¿No les prestaste ayuda tú?

RUFINA: No... No... Ya se iban.

MUJER 3ª: Es que su señora dice que el servicio que venimos a solicitar no puede prestarlo usted.

ARISTEO: No será nada imposible. Cuénteme su mal. Para eso estamos, para servir a Dios y a ustedes.

RUFINA: Ella sabe lo que dice, Aristeo. Es algo que tú no acostumbras hacer.

ARISTEO: Vale más que me lo diga, señora. Así nos quitamos de penar. Pásenle al consultorio.

MUJER 3ª: Es que mi muchacha va a casarse y quería una curación.

ARISTEO: ¡Ah! ¡Eso! ¡Pero cómo no! ¿De dónde sacaste tú que yo no puedo prestar esos servicios tan necesarios?

RUFINA: Pues... nunca lo habías hecho.

ARISTEO: Porque nunca se había ofrecido. Pero un favor no se le niega a nadie. Pásele.

RUFINA: (*Enojada*) Oyeme, no. ¡Nomás eso me faltaba! ¡Y en mi propia casa!

ARISTEO: Usted, cálese y no estorbe. Váyase para adentro a ver qué se ofrece en la cocina. Andele. Sáquese.

RUFINA: Pues claro que me voy para adentro, pero ahorita verán. (*Se dirige rumbo a la cocina*).

ARISTEO: Pase. Usted, espérese aquí, señora. Déjeme darle unas indicaciones a la creatura. (*Pasa a la muchacha, pero en esos momentos regresa Rufina con un cuchillo en la mano. La muchacha sale corriendo de la sala de espera*).

MUCHACHA: Mamá... Mamá... vámonos, la señora se volvió loca.

(*Salen corriendo la muchacha y la mujer, seguidas de Rufina que grita:*)

RUFINA: Viejas güilas... ya no se conformaron con que las soben, ahora quieren hasta que las acuesten... (*Se encara Aristeo*) Y tú, óyeme, si te vas a dedicar a esto, primero tienes que pasar por sobre mí, muerta, ¿me entiendes? ¿lo oíste? ¡Nomás eso me faltaba!

ARISTEO: Pero Rufina... vas a echar a perder otra vez todo. ¡Si son curaciones inocentes! ¿qué te haces? tú sabes que soy incapaz de nada.

RUFINA: Claro que lo sé. Me consta. Pero lo que no haces conmigo, no lo vas a hacer con ninguna otra. No veo por qué con ellas no se te vaya a ir la luz.

ARISTEO: No peques con el pensamiento. Una velación no es cosa mala.

RUFINA: El diablo no tiene hora para entrar ni salir. Y si enfrente de mí sobas a cuanta vieja se te pone cerca, ¿qué harás cuando no te veo?

ARISTEO: ¡No blasfemes!

RUFINA: No es blasfemia, es precaución... y es más por tu bien que por el mío.

ARISTEO: (*Furioso*) ¡Que no blasfemes, te digo!

RUFINA: Pues más vale que sigas curando como antes no más... y ahora déjame ir a desgranar unas marzorcas, que gracias a Dios, nos cayó un maicito...

(*Sale Rufina arreglándose el cabello y Aristeo se queda rumiando su ira*).

OSCURO

I

(*Aristeo y Espiridión platican a*

la entrada del jacal del primero. Pasan gentes y saludan).

HOMBRE 1º: Buenas tardes, don Aristeo.

ARISTEO: ¿Cómo estás hermano, te mejoraste?

HOMBRE 1º: Sí señor. Ya soy bueno, gracias a Dios.

HOMBRE 2º: ¿Cómo están sus mercedes? *(Pasa de largo)*

ARISTEO: Adiós, Camilo. Espero que hayas salido de tu apuro.

HOMBRE 2º: *(Sin detenerse)* Sí señor. No pase cuidado.

ESPIRIDION: Oye... ¿qué acontece? como que tienen prisa y no quieren detenerse.

ARISTEO: Ay, hermano. Ahora están las cosas peor que la otra vez. Desde que mi mujer carrereó a aquella inocente con el cuchillo, la gente se ha vuelto muy desconfiada.

ESPIRIDION: ¿Así que Rufina te echó a perder el negocio?

ARISTEO: Ni más ni menos.

ESPIRIDION: Bueno, no seas injusto. Nomás tantea. ¿De dónde sacaste la novedad de que ibas a curar muchachas? No le ha de haber caldo bien la noticia.

ARISTEO: ¿Y qué querías que hiciera? Era lo que la pobre gente solicitaba. No iba a negarles el favor.

ESPIRIDION: Mira, a mí que soy tu hermano, no me enjuagas el dedo en la boca. Algo ibas

ganando con eso ¿A poco no?

ARISTEO: Bueno. Ponte en mi lugar. Tú mismo llegaste un día con la baba en el suelo porque habías pasado por la casa de Avelino, ¿ya no te acuerdas?

ESPIRIDION: Yo no hice nada malo. Me fui a mi rancho, busqué a mi mujer y ya. Y por ahí dicen que tú tienes muy abandonada a Rufina. Ahora que tú alegas que por la santidad, muy bien, pero entonces, ¿dónde está la santidad ahora? ¿a ver, en dónde?

ARISTEO: *(Se queda pensando)* Mira, Espiridión... estas cosas son muy complicadas, para qué es más que la verdad. Desde hace mucho tiempo que mi mujer ya no me inspira nada, al contrario, como que me da repugnia *(repunia)*. Si nomás le tocas bolas de sebo por todos lados donde le agarres... Con lo de las curaciones, como que encontraba algún consuelo... pero luego... pues, no sé. Pero me ha entrado un hervor de sangre que ya no puedo con él. No me deja en paz. Y de noche, peor; y peor desde que empezó Avelino con sus novedades. Hasta tentación me entraba de ir a asomarme a su jacal.

ESPIRIDION: Pero eso ya se acabó. Pon tu espíritu en paz, es muy sencillo. Larga a tu vieja y búscate otra más de tu

agrado.

ARISTEO: Un iluminado como yo nomás no puede hacer esas cosas. No se le permiten. Va contra la santa ley de Dios.

ESPIRIDION: Pues pobre de tí. Ya calste en tentación una vez. A la mejor caes otra.

ARISTEO: Esa no valló. Total, yo nomás detuve al cristiano. Por eso te invité, para que tú lo golpearas, porque no iba en perjuicio de tu alma. Es cosa común y corriente. En cambio, yo no podía hacerlo.

ESPIRIDION: Pues si he sabido que era porque querías comerle el mandado con lo de las muchachas, ni me presto para ese servicio. No sé por qué presiento cosas peores. Lo leo en tus ojos.

(Llegan Andrés y Melitón ya muy tomados. Melitón toca en su música de boca).

ANDRES: ¿Cómo está, padrecito?... ¿No hay pacientes?

ARISTEO: No, Andrés, es temprano todavía, mientras estoy aquí platicando con mi hermano, y ustedes, ¿qué festejan?

MELITON: No festejamos nada. Estamos muy tristes. Mis chivas se salieron con la suya y agarraron el monte. Ahora sí. Me llevó la tristeza. Pero más me va a llevar porque ya

se nos acabó la botella. ¿Verdad compadre?

ANDRES: Pues sí. *(La voltea al revés)* La muy canija se acabó todititita.

ARISTEO: Faltaba más. Mira, Melitón, tus chivas no deben causarte apuro cual ninguno. Anoche tuve una visión y ya encontré el remedio para aliviar todos los males... y en cuanto al mezcal, espérense tantito. *(Entra al jacal y regresa con un costal del que va sacando botellas)*... Ayer vino un pariente, de allá de San Carlos y me trajo este regalito para mis ofrendas. Pero, ¿qué mejor ocasión que ahora?

MELITON: Ahora sí se puso bueno, compadre. Ya ve, dicen que cuando más oscuro está empieza a clarear. Gracias, padrecito.

ARISTEO: Miren, ahí va Cleto. Háblenle. Yo también tengo ganas de echarme unos tragos antes de que se haga de noche. Ahora es luna llena y no sé por qué se me hace que vamos a tener mucho qué hacer.

ANDRES: *(Grita hacia adentro)* Cleto... eh, Cleto...

CLETO: *(Entrando)* Buenas tardes, ¿se ofrece algo?

MELITON: Pues fijese que sí. Aquí el bueno de Aristeo nos va a convidar de su mezcalito y quiere que estemos con-

tentos un rato. Tráigase a sus amigos.

(Principia a llegar gente. Aristeo reparte botellas. Cada uno abre la suya y empieza a tomar y a hacer ruido. Melitón toca con ganas su música de boca).

RUFINA: *(Sale del jacal)* Y ahora... ¿qué argüende se traen?

ARISTEO: Estamos festejando, vieja. Véngase, échese un trago. *(Rufina lo hace)* Orale, otro, ándele, si no es purga. *(Rufina bebe más)* ¿Ves? Así me gusta. *(Rufina bebe más. Aristeo le deja la botella y Rufina sigue bebiendo trago a trago).*

ESPIRIDION: Con tu permiso, hermano. Yo me voy, a mi paraje. No me gusta nada esto. Pero nada. Quédate con Dios.

ARISTEO: *(Ya medio alegre)* Orale, no sea gallina. No le voy a encomendar ningún encarguito. Véngase para acá.

ESPIRIDION: Te digo que no. Yo tengo muy buen olfato para las desgracias. Y además, no bebo.

ARISTEO: Si quiere un cigarrito de los que ya sabe, también hay.

ESPIRIDION: Otro día será. Ahí nos vemos.

ANDRES: No sea collón, don Espiridión.

(Sale Espiridión).

RUFINA: Doña Mencha... coma-

dre... *(Gritando)* Vengan, que tenemos mitote.

(La luz va cambiando. Va oscureciendo. Se ven sombras de mujeres que beben y se sientan en distintos lados. Al frente quedan: Andrés, Melitón, Aristeo y Cleto. Aristeo ha dejado de beber y contempla la escena).

RUFINA: Lucía... véngase para acá, que estamos contentos. ¿Qué tal si olvidamos los agravios?

LUCIA: *(Entra)* Ande... pues si usted dice... *(Toma de la botella a grandes tragos)* Pues... todo sea por la amistad... *(Si-gue bebiendo).*

ANDRES: *(Ya bebido)* ¿Y cómo van las curaciones? Parece que la gente anda medio desconfiada, don Aristeo.

ARISTEO: Es que se atravesó un percance. Cada día tengo más anunciaciones y me llegan más poderes, pero a la medida que la luz me da más de cerca, se le aleja más a mi mujer. Y así nomás no se puede. Ahora en la noche me dan la prueba definitiva.

MELITON: Y eso ¿por qué?

ARISTEO: Es algo muy penoso. Ni acordarme quiero.

ANDRES: ¿Pues qué aconteció?

ARISTEO: Es que hace unas semanas Rufina se opuso a la santa voluntad de Dios y no

me dejó curar a una muchacha que había venido a pedir protección desde muy lejos. Parecía que estaba posesa y nada... era que la luz se le estaba yendo.

ANDRES: ¿Lo de la muchacha del ejido del Ebanito?

ARISTEO: Esa merita. Todavía me pongo colorado y sudoroso cuando me acuerdo y hasta se me quitan las ganas de curar. El remordimiento no me deja. Nos ha costado muy caro.

MELITON: Dicen que estuvo muy feo el desaire.

ANDRES: Pues nosotros somos los perjudicados porque ya vio que también a Avelino le cayó la desgracia.

MELITON: Dicen que ya está mejor. Que en la siguiente luna llena va a empezar a curar. Ya tiene a tres muchachas apuntadas para ser las primeras. Además, hay dos esperando operación y como cuatro con espanto de sueño. Eso me dijo Lucía.

ARISTEO: *(En el colmo de la sorpresa)* Pero... ¡Cómo!... *(Se queda pensando)*..Con razón...

MELITON: Con razón...¿qué?

ARISTEO: Que se me dijo que hoy se me decidiría si yo continuaba en mi lugar, pero que me iban a poner una prueba muy pesada... Ay... *(Se toma la cabeza entre las manos. Los*

otros guardan una distancia respetuosa y se quedan a la expectativa. Aristeo parece sufrir. Hace como que aleja malos pensamientos. Después parece recuperar la calma. Se aleja de los demás y se va al fondo. Abre los brazos y principia a hablar en voz alta. Los demás se van callando y acercándose a él. El fondo del escenario se enrojece).

ARISTEO: *(Con gran dramatismo)*

“¡Qui ha fet el sol farà el vent.
Al paradís voldrà entrá
las ánimas a saludá... *(Pausa)*
“Hombres mujeres y niños
lleven consigo
la cruz que fue bajada
del cielo empiroo...”

Libranos de las garras
del dragón fiero...”

¡Rufina! ¡Rufina!

(Aristeo espera a que Rufina conteste como de costumbre pero Rufina está bien dormida).

LUCIA: Doña Rufina, le habla su señor... Está en trance... *(Rufina no contesta)*... Está dormida, padrecito...

ARISTEO: Rufina, no te vayas. Rufina, ven, yo te conjuro, ven, no te vayas... por tercera y última vez: ¡Rufina, no dejes salir tu espíritu!

(Rufina hasta ronca, de tan dor-

mida. Aristeo va de un lado a otro. Hace este pasaje sumamente teatral).

ARISTEO: Hermanos... hermanos en la fe... son ustedes testigos de la voluntad suprema. Rufina no vuelve más a este valle de lágrimas. Sólo su cuerpo la ata y no la deja emprender el viaje que habrá de traernos grandes beneficios porque se convertirá en Santa Rufina, abogada de esta tierra santa de la Yerbabuena... ¡Hermanos! Son ustedes testigos de la gracia... De la gracia de las potencias celestiales... El cielo espera el ánima de nuestra hermana... ¡Ocho manos inocentes! ¡Ocho manos inocentes que la ayuden a emprender el viaje proceloso!... ¡Ocho manos!

(Aristeo queda fatigado, con las manos colgantes y la cabeza baja. Se alzan voces y algunos campesinos se aproximan).

GENTE: Yo... Yo... Yo...

(Aristeo saca un puñal. Entre cuatro hombres acercan a Rufina, levantándola en vilo y la colocan a sus pies. Ellos se colocan de rodillas frente a él. El levanta el cuchillo, lo mantiene en alto un momento).

ARISTEO: "Con dos te mido... con

tres te ato... la sangre te bebo y el corazón te parto... *(Asesta un golpe a Rufina, y se levanta de nuevo con una mano llena de sangre)* Consumatum est..."

OSCURO

LA CARCEL

(Los hombres, al fondo, moviéndose como haciendo preparativos para salir. Al frente, Melitón, Andrés, Secundino y Cleto).

CLETO: Mire nada más... qué contenta está la gente.

SECUNDINO: Pues claro. A mí ya me anda por llegar a mi jacal. Pero antes tengo que ir a ver a mi señora, a ver si ya también me la echaron para afuera.

ANDRES: A ver si no se les antoja a uno de los guardias y se la hacen perdediza.

SECUNDINO: No le busque, don Andrés, mire que yo a usted lo respeto.

MELITON: ¿Quién le manda tener a una vieja tan chula?

CLETO: No, si ahora va feliz mi compadre, porque ya se le acabó la competencia.

SECUNDINO: No más porque no quiero quedarme aquí de muestra, si no, me los echaba a todos juntos. Envidiosos.

ANDRES: Todavía no puedo en-

tender cómo fue eso de que se les ocurriera mandarnos a todos al rancho. Para mí, que es el primer milagro que obra Rufina.

CLETO: Oiga, pues dice bien. Yo tenía bastante temor de que nos sentenciaran.

MELITON: Pero sentenciar... ¿por qué?... ¿uno que hizo?

SECUNDINO: No crea, resultaron muertos muchos de los federales.

ANDRES: ¿Y los de nosotros, qué?... A poco resucitaron... Además, los muertos de ellos nadie supo a ciencia cierta quién los mató. En un descuido entre ellos mismos se dispararon. No más había uno macheteado. Los otros traían pura bala en el cuerpo.

CLETO: Pero eran de veintidós. Y ellos portaban escuadras.

MELITON: Y vaya que si son peligrosas las mugres esas. Fíjense de nuestra gente, quedaron difuntos: Aristeo, Lucía, Felipe el manco, claro ése ni defenderse pudo, los cuatro mártires que ayudaron a Aristeo en el trance tan duro que sufrió. ¡Qué casualidad! subieron al cielo junto con la Rufina, digo con la santa. Cualquiera diría que iban de acompañamiento. Ah... y Avelino... casi nada...

ANDRES: Y nosotros que nos quejamos de que no nos tocó

ayudar a Aristeo. Yo prefiero esta vida, aunque sea chaparra, que la muerte, por muy gloriosa que sea... ¿No cree?

MELITON: Pues claro... Y me quita un peso de encima. Yo que me estaba quejando de que qué íbamos a hacer sin Aristeo y sin Avelino y ahí nos más comienza a resplandecer la santa.

ANDRES: Para que vea. Si Dios no desampara a nadie. Este día, se lo vamos a dedicar a ella desde ahora.

(Entra un guardia seguido de un licenciado. Todos adoptan una actitud respetuosa).

LICENCIADO: Buenos días... *(Ellos contestan con un murmullo)* Como ustedes sabrán ya fue decretada la libertad de ustedes al desvanecerse las dudas y los cargos de acuerdo con las investigaciones. Parece que quienes tenían alguna culpa resultaron muertos en el lugar de los hechos...

MELITON: Y qué... ¿los gendarmes que mataron a nuestra gente también son difuntos?

CLETO: *(Por lo bajo)* No le buiga, don Melitón...

LICENCIADO: ¿Cómo?

MELITON: Pues sí. Porque el niño Avelino no portaba arma y resultó muerto y lo mismo las mujeres que quedaron difuntas.

LICENCIADO: Miren, señores. Aquí se les estaba investigando a ustedes que fueron los que provocaron la tragedia. No a los representantes de la ley que arriesgaron su vida para ir a sofocarla.

ANDRES: ¿Y a ustedes quién los juzga? la ley habla de ser pareja.

LICENCIADO: *(Con impotencia)* Se les ha venido a notificar su libertad. Y vale más que la aprovechen y no profieran amenazas a los servidores del gobierno porque entonces tendríamos que volver a empezar.

MELITON: Pues nada más no se asusten si luego les llega algún aviso de la justicia divina. Ustedes tendrán sus jueces aquí, pero nosotros los tenemos allá. *(Señala al cielo).*

GUARDIA: ¿Lo arresto, licenciado?... Lo amenazó... Lo amenazó...

LICENCIADO: ¿De qué? ¿De qué

me amenazó? Déjalos ir. Gente supersticiosa.

ANDRES: Oiga, no más sin insultar... ¿Y las mujeres?

LICENCIADO: Ya están todas en el patio. El gobierno ha dispuesto un vehículo para transportarlas a todas a su lugar de origen.

ANDRES: Un ¿qué?... Yo preferiría que nos mandaran en un camión de redilas como los que mandan cuando quieren que vengamos a votar... Esas mugres que traen ahora yo ni las conozco.

SECUNDINO: En lo que sea, don Andrés, pero vámonos yendo ya...

(Empiezan a salir. Melitón va tocando en su música de boca "Albur de Amor").

TELON

Monterrey Diciembre 1°-10-1969



VERACRUZ EN LA CULTURA: ENCUENTROS Y RITMOS

Programa de política cultural 1991 - 1992 del
Gobierno del Estado de Veracruz-Llave

CONVOCA AL CONCURSO INTERNACIONAL DE OBRA DRAMÁTICA TRAMOYA

CONFORME A LAS SIGUIENTES BASES

- 1.- Podrán participar autores de cualquier país, enviando una obra dramática que desarrolle algún tema relacionado con el "Encuentro de los dos mundos".
- 2.- Los trabajos se presentarán escritos en castellano, a máquina en papel tamaño carta, a doble espacio y por una sola cara. La obra deberá tener una duración de una hora veinte minutos de tiempo escénico como mínimo.
- 3.- Las obras deberán firmarse con lema o seudónimo y estarán acompañadas por un sobre cerrado que contenga el nombre, dirección y número telefónico del autor. Dicho sobre estará rotulado con el título de la obra concursante y el lema o seudónimo que la identifica.
- 4.- Cada concursante enviará cinco copias de cada obra.
- 5.- La recepción de obras queda abierta a partir de la publicación de la presente convocatoria y se cierra (el 30 de abril de 1990). No será tomado en consideración ningún envío cuyo matasello postal tenga fecha posterior a la señalada.
- 6.- Los autores deberán garantizar que los trabajos enviados no se encuentran participando en otros concursos similares ni han

-
- sido presentados a alguna casa editorial para su posible publicación.
- 7.- Un jurado internacional cuyos nombres se darán a conocer oportunamente, dará el fallo inapelable a más tardar el 30 de Mayo de 1991. El jurado podrá otorgar menciones honoríficas a las obras que a su juicio lo ameriten, mismas que serán publicadas con la autorización de sus autores.
 - 8.- Los organizadores del concurso se reservarán el derecho de publicar los trabajos recomendados, previo acuerdo con los autores respectivos.
 - 9.- Los derechos de la primera edición de la obra premiada, cuyo tiro no podrá exceder los 10,000 ejemplares, serán propiedad los organizadores.
 - 10.- No se devolverán originales ni se mantendrá correspondencia al respecto.
 - 11.- Los organizadores costearán los gastos de traslado y estancia del ganador y un acompañante para asistir al acto de premiación.
 - 12.- Habrá un premio único e indivisible de * \$ 30'000,000.00 e incluirá el montaje de la obra, y su publicación en la Revista **Tramoya, cuaderno de teatro de la Universidad Veracruzana.**
 - 13.- Cualquier caso imprevisto en la presente convocatoria se resolverá a criterio del jurado y los organizadores.
- *(Aproximadamente 10,000 dolares)

Los trabajos deberán enviarse al Apartado Postal N°. 529 y/o 530, Xalapa, Ver., México C.P. 91000.

LATIN AMERICAN THEATRE TODAY: **History, gender, genre, performance.**

La Universidad de Kansas anuncia una conferencia sobre "Latin American Theatre TODAY: History, Gender, Genre, Performance", que tendrá lugar en Lawrence, Kansas, de abril 28 a mayo 2, 1992. La conferencia incluirá investigaciones académicas de los teatros en español y portugués de América a través de disertaciones de distinguidos dramaturgos, directores y críticos / especialistas del teatro. Las personas interesadas deben enviar un resumen de dos páginas para que sea considerado, hasta el 1o. de octubre de 1991. Las ponencias aceptadas deberán entregarse antes de febrero 1, 1992, para su distribución anticipada a la conferencia. Pueden enfocarse en cualquier aspecto de los cuatro temas nombrados en el título y pueden dirigirse tanto a nuevos desarrollos del teatro mismo (nuevos autores y trabajos) o presentar nuevos enfoques críticos a textos más usuales. Si se necesita mayor información, rogamos dirigirse a los organizadores, George Woodyard o VB Vicky Unruh, c/o Latin American Theatre Review, University of Kansas, Lawrence, Kansas, 66045. Fax 913/864-4555.